

Eric Wilson

Asesinato en el Canadian Express



Tom Austen, un muchacho canadiense que acaba de terminar el curso escolar, viaja en el Canadian Express. Este ferrocarril, el de mayor recorrido del mundo (4.633 kilómetros), sale diariamente de Montreal y emplea tres días en llegar a su destino, Vancúver. En el viaje se comete un asesinato: la bella esposa de un banquero aparece apuñalada.

Tom Austen, hijo de un jefe de policía y lector empedernido de novelas policíacas, empieza a investigar por su cuenta para descubrir al asesino.

Vive unas interesantes aventuras, con riesgo incluso de su propia vida.



Eric Wilson

Asesinato en el Canadian Express

Tom Austen - 01

ePub r1.0

Titivillus 06.09.17

Título original: *Murder on the Canadian*

Eric Wilson, 1976

Traducción: Pedro Barbadillo

Ilustraciones: Tom McNeely

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A mis padres, con amor

El Cañadian Express sale diariamente de Montreal, para efectuar un viaje transcontinental de tres días de duración, por la línea de ferrocarril panorámica más larga del mundo. En Sudbury se une con otro tren que sale de Toronto.

Provisto de vagones con mirador panorámico, de coches-cama y vagón-restaurante, se dirige hacia el oeste, a través de las ricas tierras de cultivo de Ontario, atravesando enormes llanuras y bordeando las impresionantes Montañas Rocosas de Canadá, coronadas de nieve, en dirección a Vancúver, en la costa del Pacífico. En total, el viaje, de 4.633 kilómetros, dura setenta y una horas y treinta y cinco minutos.

Al mismo tiempo, otro Canadian Express sale todos los días de Vancúver en dirección al este.

DENTRO del paquete, algo hacía tic-tac.

Una bomba. Sí, Tona estaba seguro de que se trataba de una bomba. Observó el envoltorio de papel en el que no había nada escrito, y acercó su cabeza.

Tic-tac, tic-tac.

Asustado, Tom dirigió su vista a la abarrotada estación de ferrocarril. ¿Qué hacer? Si gritaba «¡una bomba!», podía cundir el pánico y la gente saldría corriendo hacia las puertas, donde las mujeres y los niños morirían pisoteados y aplastados.

Tom observó de nuevo el paquete que había aparecido misteriosamente junto a su maleta, unos minutos antes, cuando fue al servicio. Su aspecto era inofensivo, pero aquel tic-tac indicaba que podría ser mortal.

Tom vio un hombre, con uniforme de revisor, que cruzaba la estación. Corrió hacia él, abriéndose paso entre la gente que aguardaba para subir al tren, y le sujetó por el brazo.

—¡Por favor, señor —dijo jadeando—, venga enseguida!

El hombre miró a Tom con unos grandes ojos azules, aumentados por el grosor de las gafas.

—¿Qué? —dijo, llevándose una mano al oído.

—¡Que me ayude! —dijo Tom, temeroso de gritar que se trataba de una bomba.

El hombre movió la cabeza.

—No te oigo, hijo. La estación es demasiado ruidosa.

El revisor pareció perder todo interés por Tom y se puso a escribir en una libreta de notas. Durante un segundo, Tom pensó marcharse y ponerse a salvo, pero, de repente, le arrebató la libreta y salió corriendo.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Diablos! —gritó el hombre.

Muchas caras se volvieron al verlos pasar como una flecha. Tom con su pelo rojo, y el revisor tras él. Aquel hombre era buen corredor, y casi había dado alcance a Tom cuando este llegó junto a su maleta.



El paquete había desaparecido.

¡Imposible! Tom levantó la maleta, buscando la bomba perdida, y en aquel momento llegó el revisor y sujetó a Tom.

—¡Mocoso!

Se produjo una enorme confusión. El revisor arrancó la libreta de notas de la mano de Tom y los curiosos se agolparon mirando. Un perro comenzó a ladrar y Tom, de pronto, encontró la bomba...

En las manos de Dietmar Oban. Sí, el rival de Tom sujetaba el paquete con una mirada irónica en su rostro, al tiempo que se abría paso entre los mirones.

Tom había sido engañado y comprendió que la «bomba» no era sino un viejo despertador. Avergonzado, levantó la mirada hacia el revisor.

—Por favor, señor —dijo amablemente—, puedo explicárselo todo.

—¡Voy a llevarte a la policía!

—Sí, pero...

Desde arriba, un altavoz anunció:

«¡Pasajeros al tren!».

Los mirones dudaron, lamentando perderse el final de todo aquel jaleo que había originado Tom, pero se dieron la vuelta y comenzaron a alejarse. Los grandes ojos azules del revisor se dirigieron de nuevo a Tom.

—No crees más problemas, muchacho, o acabarás entre rejas.

—Sí, señor —dijo Tom.

Vio al revisor alejarse y se dio la vuelta para chillarle a Dietmar, pero este se había esfumado. Moviendo la cabeza, Tom recogió la maleta y se dirigió hacia el andén.

Afortunadamente para él, pronto le volvió a invadir la emoción por el inminente

viaje.

Al llegar al andén encontró un panorama emocionante: no cesaban de pasar carretillas cargadas de maletas, los altavoces atronaban con sus avisos, y los mozos de estación, con chaquetillas blancas, charlaban entre sí, mientras los pasajeros se apresuraban.

Pero lo más emocionante de todo era el tren. Largo, con la estructura de acero inoxidable reluciente bajo las luces del andén, el *Canadian Express* se extendía como un gigante a lo largo de las vías, esperando impaciente para lanzarse hacia la inminente aventura. Tom se estremeció ante la belleza del tren. Le hubiera gustado quedarse algo más de tiempo contemplándolo, pero sonó el pitido de la locomotora diésel y se subió al vagón más cercano.

—El billete, por favor —dijo un mozo al que las palabras le silbaban por un hueco que tenía entre los dientes superiores. Tom observó la cara de aquel hombre mayor, deseando que fuera su amigo durante el viaje.

—Yo se la llevo, señor —dijo el mozo, tomando la maleta de Tom y echando a andar por el vagón. Atravesando la puerta que tenía el letrero *Sherwood Manor*, pasaron junto a unos pequeños compartimentos, y luego recorrieron un pasillo en el que había una fila de puertas azules.

—¿Qué hay ahí dentro? —le preguntó Tom al empleado.

—Camas, para la gente de dinero —contestó.

Finalmente, llegaron a un vagón que tenía los asientos colocados unos enfrente de otros, de dos en dos. El mozo colocó la maleta de Tom bajo uno de los asientos.

—Este es su sitio —dijo—. Cuando salgamos de Winnipeg uniré esos dos asientos y quedará hecha la cama. Que tenga un buen viaje, señor Austen.

Tom sonrió al mozo y miró al otro lado del pasillo, donde estaban sentados un hombre y una mujer.

—Hola, amigo —dijo el hombre, con los pulgares introducidos en sus tirantes—. ¿Adónde va usted?

—A Columbia Británica. Voy a pasar el verano con mis abuelos.

La mujer le alargó una caja grande.

—¿Quiere una pasta? —preguntó, sonriendo a Tom.

—Sí, gracias.

—Su amigo se comió cuatro.

—¿Mi amigo?

—Sí, el muchacho que viaja con usted —y señaló bajo el asiento de Tom—: Ahí está su maleta, debajo de su asiento.

—¡Oh, no! —murmuró Tom para sí, sin atreverse a mirar. Se agachó y se estremeció cuando leyó la etiqueta: «Dietmar Oban».

Cuando se incorporó Tom, la mujer parecía estar muy alegre.

—¡Que muchacho más simpático! —dijo—. Un poco delgado, pero mis pastas de chocolate le vendrán bien.

¡Qué mala suerte, atrapado allí con Dietmar Oban! Un magnífico viaje echado a perder. Pero, en fin, podría iniciarlo rompiéndole la cara a Dietmar por la broma de la bomba. Tom se volvió hacia la mujer:

—¿Por dónde se fue esa rata asquerosa? —le preguntó.

La mujer frunció el ceño y cerró con fuerza la tapa de la caja de pastas, antes de responder fríamente:

—Hacia el mirador.

—Gracias.

Tom no sabía dónde estaba el mirador, pero no juzgó conveniente preguntárselo a la mujer. Vio una puerta en el otro extremo del vagón, salió por ella, cruzó una plataforma estrecha y abrió una segunda puerta. En aquel vagón había gente tomando café en unas mesas pequeñas; al fondo se veía un tramo de escaleras alfombradas, que se perdía en la oscuridad.

¿Estaría arriba el mirador?

Tom subió con precaución, temeroso de lo que pudiera depararle la oscuridad, pero se tranquilizó cuando vio dos filas de asientos, situadas frente a unos grandes ventanales curvados. A través de aquellos ventanales vio las luces de la estación, y, encima, la oscuridad de la noche. ¡Precioso!

Vio algo más: Dietmar Oban estaba sentado en uno de los asientos. Se acercó de puntillas, se sentó en la butaca contigua a la de Dietmar y le agarró por el brazo.

—¡Por fin! —siseó Tom—. ¡Ya te tengo!

Dietmar dio un respingo y se volvió hacia Tom con los ojos muy abiertos.

—Tranquilo, Austen, solo fue una broma.

—Debería machacarte —dijo Tom, retorciendo el brazo delgaducho de su rival.

—Escucha, Austen: puedo proporcionarte un caso para que lo resuelvas.

—Estás mintiendo para salvar el pellejo.

—No. Suéltame el brazo y te lo contaré.

Tom dudó un momento, le retorció más el brazo, lo que hizo dar un respingo a Dietmar, y luego le soltó. Prefería un caso, más que el vengarse.

—¿De que se trata? —preguntó Austen—. Desembucha lo que sepas.

Dietmar se rio.

—Tú y tu manera detectivesca de hablar. ¡Eso suena ridículo!

—Limítate a contarme los hechos, Oban.

Dietmar le indicó un hombre que estaba sentado en el mirador.

—¿Ves aquel tipo?

—Sí. —Tom solo veía la parte trasera de la cabeza de aquel hombre: su pelo gris y su traje oscuro parecían bastantes corrientes—. ¿Qué pasa con él?

—Siéntate a su lado y verás de qué se trata.

Tom se incorporó, dio unos pasos por el estrecho pasillo y se sentó junto al hombre. Para evitar cualquier sospecha, bostezó, se desperezó y luego fingió quedarse adormilado. Contó mentalmente hasta treinta y luego entreabrió los ojos.

¡Aquel hombre tenía puestas unas esposas en una de sus muñecas!

Tom emitió unos sonidos entrecortados y el hombre se volvió hacia él. Pero Tom fingió que estaba soñando, hablando entre dientes, y después comenzó a roncar suavemente. Esperó un poco para que se tranquilizara el hombre, y volvió a abrir los ojos. Sí, llevaba puesta una esposa en una de las muñecas, y una pequeña cadena la unía a la segunda esposa, que se cerraba sobre el asa de un maletín negro que descansaba en su regazo. Observó que el maletín tenía una cerradura provista de combinación, pero no había ninguna señal que delatara el contenido del maletín.

Tom fingió despertarse lentamente, haciendo chasquear los labios y desperezándose. Luego, se incorporó de la butaca y regresó junto a Dietmar.

—Vi subir a ese tipo —murmuró Dietmar—, y me figuré que te interesaría investigar sobre él.

Tom miró recelosamente a Dietmar.

—¿Pretendes burlarte de mí?

—No, en serio. Ya sé que cuando seas mayor quieres dedicarte a resolver crímenes. ¿Qué decías que quieres ser...?

—Un sabueso. Es decir, un detective, como los hermanos Hardy.

—Pues bien, sabueso, ahora ya tienes en tus manos un rompecabezas de verdad.

Tom miró despectivamente a Dietmar. El tipo más sarcástico del colegio Queenston estaba allí, compartiendo con él el viaje en tren. Menos mal que se había topado con un buen caso para resolver.

—¿Sabes lo que pienso? —murmuró Tom.

—¿Qué?

—Que ese tipo es un ladrón de joyas.

Dietmar se echó hacia adelante para observar al hombre.

—Creo que estás en lo cierto. Su aspecto es exactamente igual al de un ladrón que vi en una serie de misterio de la televisión.

—En ese maletín lleva sus herramientas. Una llave maestra para abrir las puertas de los dormitorios y un soplete para abrir cajas fuertes. Se ha atado con una esposas el maletín a su muñeca para que nadie pueda abrirlo accidentalmente y darse cuenta de que es un ladrón.

—¿Qué vas a hacer?

—Vigilarle. Puede que esté tramando robar durante el viaje a algunas personas con dinero.

Un altavoz situado en la parte frontal del vagón-mirador había estado emitiendo música suave. Se paró de repente y se oyó la voz de un hombre:

—Buenas noches, señoras y caballeros. El *Canadian Express* está a punto de salir. Esperamos que disfruten del viaje.

Más música de nuevo, y enseguida una leve sacudida al ponerse el tren en marcha.

—Mira —dijo Tom, señalando hacia una de las ventanas del mirador—. Se puede

ver todo el tren.

Los dos se pusieron de pie para disfrutar de aquella vista. Se veía desde el último de los vagones de acero inoxidable hasta la locomotora, que arrojaba bocanadas de humo, mientras comenzaba a arrastrar el tremendo peso del tren. El *Canadian Express* empezó a rodar lenta, muy lentamente, y enseguida aumentó la velocidad.

Delante, las señales luminosas cambiaban del verde al rojo al pasar la locomotora, cuando sus ruedas de acero accionaban una serie de conmutadores; a ambos lados se alineaban grandes formaciones de furgones de carga, y más allá se veían las luces de la ciudad. Tom y Dietmar permanecieron de pie observando a través de los amplios ventanales, hasta que el tren dejó atrás Winnipeg y se adentró en la inmensa oscuridad de la llanura.

Tom se estremeció.

—Esto está muy oscuro —susurró—. Siento como una especie de hormigueo.

Dietmar se echó a reír.

—¿El gran detective tiene miedo de la oscuridad?

Tom se sonrojó, y estaba a punto de darle un golpe a Dietmar cuando sus ojos percibieron algo extraño: el hombre misterioso se había vuelto hacia ellos al oír pronunciar a Dietmar la palabra «detective», y tenía la vista clavada en Tom. De pronto se levantó de su asiento y abandonó rápidamente el mirador, mientras la cadena que llevaba unida a la muñeca tintineaba suavemente al pasar junto a los dos muchachos.

¡ERES un estúpido! —murmuró Tom—. ¡Ahora ya sabe que soy detective!

—¿Vas a renunciar, entonces?

—Más valdría.

Tom bajó rápidamente los escalones. A través de los cristales de la doble puerta vio al hombre que estaba hablando con el mozo del coche-cama. Observó que este decía que no con la cabeza; el hombre, con cara enfadada, se dio la vuelta y desapareció en dirección al pasillo de los departamentos de puertas azules.

Tom entró en el coche-cama.

—Perdone, señor —dijo, dirigiéndose al mozo—. ¿Dónde puedo encontrar al hombre con el que estaba usted hablando?

—En el departamento A —dijo el mozo. Luego, miró atentamente a Tom—. ¿Por qué?

—Es que se le ha caído una cosa.

El mozo miró fijamente a Tom y luego siguió preparando las literas para la noche. Tom se alejó despacio, intentando imaginarse cómo actuarían en aquella situación Frank y Joe Hardy. Decidió quedarse por allí, a la espera de una oportunidad. Quizá lograse ver las herramientas del ladrón.

No vio ni rastro del hombre en el pasillo, pero en el extremo opuesto estaba la mujer más hermosa que había visto en su vida. Se detuvo, mirando, mientras la mujer se acercaba sujetando por un brazo a un hombre muy bebido.

Ninguno de ellos pareció notar la presencia de Tom, mientras se acercaban poco a poco, balanceándose hacia adelante y hacia atrás a causa del movimiento del tren. Observó durante un instante los ojos enrojecidos del hombre, y luego miró, un poco asustado, el deslumbrante cabello rubio y los ojos azules de la mujer. Era bellísima.

Al llegar junto a la puerta de uno de los departamentos, la mujer giró el picaporte y ayudó a entrar al hombre. La puerta se cerró a continuación y el pasillo quedó vacío.



Tom avanzó despacio por el pasillo y se detuvo ante la puerta de la pareja. Oyó el murmullo de unas voces. Incapaz de entender lo que decían, siguió caminando hasta el departamento A, pero la puerta estaba cerrada. De todas formas, Tom había perdido de momento todo su interés por el hombre de las esposas. Se sentía subyugado por aquella mujer.

No podía apartar de su mente el color de sus ojos, ni la suavidad de su cabello o la tersura de su piel. ¿Quién sería? Retrocedió por el pasillo, se detuvo de nuevo ante la puerta de la pareja, y luego se dirigió hacia el mirador, para contárselo a Dietmar.

—¿Sabes una cosa? —le dijo, sentándose—. En nuestro vagón hay una mujer preciosa.

Dietmar se rio.

—¿Esa mujer de las pastas? Es tan preciosa como Godzilla, la reina de los Hunos.

—No. Una mujer que ocupa el departamento C. Tiene los ojos azules y lleva un collar de oro. Me pregunto quién será.

—La Cenicienta. Por la noche se transforma en una ciruela.

La ironía de Dietmar estaba echando a perder el recuerdo que tenía Tom de aquella mujer. Cerró los ojos, imaginándose su cara, pero enseguida los abrió, sorprendido, al producirse un destello de luz.

—¿Qué ha sido eso?

—Un relámpago —dijo Dietmar, señalando por la ventana—. Por allí.

Al principio, Tom solo vio la oscuridad, pero luego, un rayo de luz blanca rasgó el cielo, zigzagueando y estallando en todas direcciones. El brillante trazo de luz dentada se mantuvo suspendido en el cielo durante un momento, pero enseguida desapareció.



—¡Qué bonito! —exclamó Tom.

Dietmar asintió. Siguieron mirando el cielo y pronto se vieron recompensados con otro destello de luz blanca. Le siguió el estruendo del trueno, unido al largo gemido del pitido de la locomotora.

—¡Qué sonido más lúgubre! —dijo Tom—. ¿Conoces alguna historia de fantasmas?

—No.

Otro destello de luz cruzó el cielo oscuro, reflejándose en los ojos de Tom.

—Apuesto a que no sabes cómo se mata un vampiro.

—Claro que sí. Poniéndole una cruz de plata frente a la cara.

—Así no lograrías matarlo —dijo Tom. Vio que la mujer de las pastas venía por el pasillo y se sentaba en un asiento que había delante de los muchachos. Luego, bajando un poco la voz, continuó—: Tienes que clavarle una estaca en el corazón. Tienes que pillar al vampiro cuando esté durmiendo en su ataúd, y atravesarle el corazón con una estaca de madera.

La mujer de las pastas se volvió para mirar a Tom, al tiempo que este gesticulaba con las manos para demostrar la fuerza que se necesitaba para matar a un vampiro.

—Es una tontería hablar de eso —dijo la mujer—. Lo que tendríais que hacer es iros a la cama.

—Estamos en vacaciones y pasándolo muy bien —dijo Tom—. Al menos, hasta hace un minuto.

La mujer de las pastas lanzó una mirada antipática a Tom y luego se volvió hacia adelante.

—Así, pues, como te decía —siguió Tom después de un rato, y guiñándole un ojo a Dietmar—, creo que, para divertirnos, debería soltar mis serpientes esta noche,

cuando todo el mundo esté durmiendo.

La mujer de las pastas pegó un respingo en su asiento y Dietmar hizo un gesto burlón.

—Hombre, Tom —dijo con voz inocente—. ¿Y si una serpiente de cascabel muerde a alguien y lo mata?

—Esta vez no he traído las serpientes de cascabel, sino unas que no son venenosas. Ya sabes, esas grandes de color verde, a las que les encanta meterse dentro de la cama y enroscarse en el pie.

—¿Estás seguro de que no muerden?

—Sí. A no ser que se asusten, en cuyo caso te dan una dentellada con sus colmillos. Pero la herida solo produce una hinchazón que dura un par de días.

En ese momento la mujer se dio la vuelta y miró furiosa a Tom. Hubo un largo silencio mientras Tom sostenía la mirada tratando de permanecer serio. Luego oyó una risita de Dietmar y también él se echó a reír.

—Ya sé que estabas hablando en broma —dijo la mujer con una voz a la vez aliviada y enfadada. Poniéndose de pie, apuntó con el dedo a Tom—. Eres muy maleducado.

Conteniendo la risa, Tom vio cómo la mujer salía del mirador; luego se volvió a Dietmar y ambos rompieron a reír a carcajadas. Cuando terminaron, se secaron las lágrimas, volvieron a contarse la historia y de nuevo se echaron a reír. Por fin se calmaron y se pusieron a contemplar la llanura, iluminada por la luz de los relámpagos, hasta que, finalmente, Dietmar empezó a bostezar.

—Me voy a la cama —dijo desperezándose.

—Buena idea.

Tom abrió la marcha y llegaron a un vagón en el que colgaban unas pesadas cortinas a ambos lados del estrecho pasillo. Todo estaba oscuro, y la única iluminación provenía de unas débiles lucecillas situadas a la altura de los pies. Dietmar preguntó a Tom en tono preocupado:

—¿Dónde están nuestros asientos?

—El mozo los ha transformado en camas para dormir —dijo Tom—. ¿Es que no has dormido nunca en el tren?

—No.

—Pues fíjate bien y te enseñaré cómo funciona. —Tom cogió una de las cortinas y comenzó a desabrochar unos grandes botones—. Esta es mi litera.

Separó las cortinas y se oyó un grito. Miró dentro, vio a la mujer de las pastas en camisón, y cerró rápidamente las cortinas.

Con la cara roja se volvió a Dietmar.

—¡Esta no era!

Dietmar sonreía.

—Ya verás cuando se lo cuente a los compañeros del colegio.

Tom acercó el puño a la nariz de Dietmar.

—Hazlo y verás lo que es bueno...

Se entreabrieron unas cortinas por encima de sus cabezas y asomó el marido de la mujer de las pastas.

—Hablad bajo, muchachos. Todo el mundo está durmiendo ya.

—Es que no encontramos nuestras literas —dijo Tom.

El hombre les señaló una escalerilla, oculta entre los pliegues de las cortinas.

—Uno de vosotros tiene que subir ahí. El otro duerme abajo.

—¡Oh! —dijeron Tom y Dietmar a un tiempo—. ¡Una escalerilla!

Ambos intentaron alcanzar la escalerilla, pero Dietmar estaba más cerca y subió como un mono.

—Te veré mañana —dijo, trepando a la litera.

Enfadado, porque Dietmar tenía la mejor litera, Tom abrió las cortinas inferiores. Se quitó los zapatos, se introdujo en la litera y corrió la cortinas.

Aquello estaba oscuro como boca de lobo. Encontró un interruptor y, al accionarlo, se encendió una lamparilla azul; miró a su alrededor. La ventana tenía la persiana echada. La litera superior le llegaba a la cabeza y la luz azul iluminaba dos almohadas, unas sábanas blancas y unas mantas. Ansioso de probar la cama, se desnudó, hizo un montón con su ropa y se metió entre las suaves sábanas.

Estupendo. Tom estiró los brazos, sintiéndose relajado, y abrió la persiana. Fuera, la noche era oscura, solo se veían tres luces rojas de una lejana antena de radio. El tren tomó una curva y Tom divisó el potente foco de la locomotora escudriñando la noche.

Se estaba quedando dormido. ¡Qué mala suerte! ¡Justo cuando empezaba a disfrutar del placer de estar tumbado en una cama, mientras el mundo se deslizaba veloz ante él! Abrió los ojos y vio, mientras pasaba el tren, una luz amarillenta en la ventana de una granja. Al final, se quedó dormido.

Soñó con un revisor de ojos azules que le ofrecía una pasta; esta se convertía en una bomba que, al explotar, llenaba el aire de un humo azulado; a su vez, el humo se convertía en unos ojos azules que sonreían a Tom mientras se corrían las cortinas del departamento y un hombre, que llevaba una cruz de plata, alargaba sus dedos largos y fríos buscando la garganta de Tom.

SONÓ un pitido, el movimiento del tren lanzó a Tom de un lado a otro y el muchacho se incorporó con el rostro bañado en sudor. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Era real, o se trataba de un sueño? Volvió a oírse el pitido de la locomotora. Tom miró fuera por la ventanilla y comprendió que había sido una pesadilla.

El tren estaba reduciendo la velocidad. Tom vio varias vías, una locomotora jadeante, luces rojas y verdes en los cruces de vías, y luego un largo andén, lleno de gente con cara de sueño. Rechinaron los frenos y el tren se detuvo frente a una estación con un letrero que decía: BRANDON.

Tom se vistió apresuradamente, ansioso por bajar del tren y echar un vistazo. Descorrió las cortinas, salió al pasillo y vio a Dietmar que descendía por la escalerilla.

—Hola —dijo Tom—. ¿Te apetece dar una vuelta por la estación?

—¿Dónde estamos?

—En Brandon. ¿No has visto el letrero por la ventanilla?

—¿Qué ventanilla? Solo tengo una pared de acero.

—¡Mala suerte, chico! —dijo Tom, sonriendo—. Creo que te confundiste al llegar primero a la escalerilla...

Echaron a andar por el pasillo y Tom se detuvo junto al departamento C, al escuchar la voz de un hombre que gritaba enfadado. ¿Estaría el borracho aquel pegándole a su bella esposa? Tom miró a su alrededor, dispuesto a prestar ayuda, pero se tranquilizó al oír reírse a la mujer.

—¡Ven! —le llamó impaciente Dietmar desde el fondo del pasillo.

—¡Ya voy! —Tom miró la puerta azul del departamento, grabando en su mente la risa argentina de la mujer, antes de reunirse de mala gana con Dietmar.

Fuera, la noche veraniega era cálida. Tom y Dietmar se dirigieron, paseando por el andén, hasta el furgón de los equipajes, observaron cómo unos hombres descargaban las sacas del correo en la parte trasera de una camioneta, y luego continuaron su camino hasta la locomotora. Tom se sintió empequeñecido al contemplar aquella impresionante masa de acero, su potente foco delantero y su gran ventanal anterior curvo.

—Me encantaría conducir una locomotora —le dijo a Dietmar.

—Tú serías un buen conductor.

—¿Por qué? —inquirió Tom, halagado.

—Porque la llevarías a una velocidad de locura.

Dietmar se dio la vuelta y se alejó riendo. Tom le alcanzó en el andén y le amenazó con arrojarle debajo del tren. Mientras forcejeaban, una mano se posó en el hombro de Tom.

—Perdonad, muchachos —dijo una voz cascada—. Necesito vuestra ayuda.

Tom soltó a Dietmar y vio una señora mayor, apoyada en un bastón, con un chal sobre los hombros. Sin darles tiempo a decir nada, apuntó con un dedo hacia los muchachos.

—Venid —ordenó, al tiempo que se daba la vuelta y echaba a andar, cojeando, por el andén.

—¡Vaya momia! —susurró Dietmar, mirando a la mujer.

—Apuesto a que es una maestra jubilada —dijo Tom—. Ven, vamos a echarle una mano.

Tom y Dietmar siguieron a la mujer hasta un taxi en el que había un montón de maletas.

—Este es mi equipaje —dijo señalando con el bastón—. Ayudadle al taxista y os

daré una propina.

El taxista, un hombre alto, con una gorra echada hacia atrás, sonrió a los muchachos y les guiñó un ojo. Les pasó unas maletas y echaron a andar trabajosamente, detrás de la anciana, hacia el tren.

Había también otros pasajeros que tomaban el tren en Brandon. Tom recibió un fuerte empujón de un hombre bajo y gordo que, con aires de superioridad, mostró su billete al revisor y subió rápidamente al tren. El revisor movió la cabeza, refunfuñando, al tiempo que tomaba el billete de la anciana.

—Le aseguro que hay tipos verdaderamente cargantes —dijo.

El revisor ayudó a subir a la señora. Tom, Dietmar y el taxista la siguieron, pasando apuros con las maletas, que chocaban contra las paredes del estrecho pasillo del coche-cama.

Acababa de abrir el revisor la puerta del departamento de la anciana, cuando se oyó a alguien que gritaba protestando por algo. Siguió un momento de silencio y luego exclamaciones de enfado. Todos miraron extrañados, preguntándose qué podía suceder tras la puerta del departamento C.

EL revisor fue el primero en reaccionar.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta del departamento y llamó con los nudillos. Cesaron los gritos y se oyó la voz de un hombre que dijo con tono desagradable.

—¡Váyase!

El revisor llamó de nuevo a la puerta, pero no hubo respuesta. Se abrió la puerta del departamento A, un poco más allá del C, y se asomó el hombre del pelo gris, que aún llevaba el maletín sujeto a la muñeca.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, señor —contestó el revisor—. Haga el favor de volver a su departamento.

Tom se dio cuenta entonces de que el hombre de gris seguía completamente vestido, aun cuando ya era muy tarde y la mayoría de los pasajeros estaban durmiendo. Mientras Tom pensaba en aquella circunstancia tan extraña, sucedió algo aún más raro: el hombre bajo y gordo, que pocos minutos antes le había dado un fuerte empujón al subir al tren, abrió la puerta del departamento B y apareció en pijama.

¿Cómo había podido cambiarse tan rápidamente? Tom observó, asombrado, cómo se miraban los dos hombres, que estuvieron a punto de hablarse, pero que enseguida volvieron a sus respectivos departamentos, cerrando las puertas.

Al mismo tiempo se abrió la puerta del departamento C. La mujer guapa, que llevaba una bata de color rosa pálido, miró al revisor con cara enfadada.

—¿Por qué ha llamado?

—Perdone, señora —dijo el revisor—, pero habíamos oído una fuerte discusión y estábamos preocupados por si pasaba algo.

—Ocúpese de sus propios asuntos —dijo la mujer, dándole con la puerta en las narices.

A Tom le impresionó la rudeza de la mujer. Observó la cara avergonzada del revisor y sintió lástima de él.



La anciana comentó:

—Espero que no tengamos un viaje desagradable.

—No, señora —dijo el revisor—. De resultar necesario, ya me ocuparía yo de esa pareja. Estoy seguro de que no la molestarán, no se preocupe.

Tom dejó la maletas en la puerta del departamento, y ya se marchaba con Dietmar, cuando les llamó la señora:

—Esperad un momento.

Tom se volvió y vio que la señora abría el bolso, buscaba algo dentro y sacó dos monedas de cinco centavos.

—Aquí tenéis —dijo, dándoles una moneda a cada uno—. Gracias por vuestra ayuda.

Dietmar se quedó mirando la moneda, incapaz de disimular su disgusto, y luego le dijo descaradamente a la señora:

—Prefiero unas chokolatinas.

—Nada de eso. Es malo para los dientes.

Dietmar, refunfuñando algo por lo bajo, se alejó con cara de pocos amigos.

—¡Qué chico más mal educado! —dijo la señora—. Este tren está lleno de gente sin educación.

Tom la miró, sonriendo.

—Gracias por la moneda, señora. Que tenga un buen viaje.

El rostro de la señora se animó.

—Aquí tienes un pequeño obsequio, joven.

Le dio una chokolatina y Tom se alejó feliz. Se metió en su litera, observó durante un rato el bullicio del andén y al rato cayó en un sueño profundo.

LLEGÓ la mañana con un extraño bing, bong, bing. Tom sintió la caricia del sol en el rostro, abrió los ojos y volvió a oír aquel extraño sonido: bing, bong, bing. Luego oyó una voz masculina que anunciaba:

—¡El desayuno está servido!

La voz se perdió a lo lejos y Tom se sentó. Miró a través de la ventanilla los campos de trigo aún verdes, ondulando suavemente por la acción del viento. Comenzó a vestirse. Estaba hambriento.

Descorrió las cortinas y vio a Dietmar sentado en el borde de la litera superior, balanceando los pies.

—Hola —dijo Tom—. ¿Qué era ese sonido tan raro?

—Un xilófono. Lo tocaba un tipo que iba anunciando el desayuno.

—Espera un instante. Iré contigo.

Tom se dirigió al lavabo, que estaba situado a un extremo del pasillo; se reunió poco después con Dietmar y juntos se dirigieron al vagón-restaurante. Al abrir la puerta les llegó el olor a jamón y huevos fritos.

—Sería capaz de comerme un caballo —dijo Tom.

—¿No te apetece más bien una vieja? Como la que nos dio anoche una moneda de cinco centavos.

Tom se echó a reír.

—A mí me dio una chocolatina.

—Estás mintiendo.

Tom negó con la cabeza. Entraron en el vagón. Los rayos del sol daban de lleno sobre los manteles blancos, encima de los cuales veían jarras plateadas, vasos y flores. Los camareros iban presurosos de un lado a otro, llevando grandes bandejas con comida para los pasajeros, que hablaban entre sí o contemplaban el paisaje a través de las ventanillas.

Un camarero se les acercó sonriente.

—Buenos días —dijo—. ¿Van a desayunar?

—Sí, por favor —contestó Tom.

—Por aquí —el camarero los condujo por el vagón hasta una mesa de cuatro, en donde apartó una silla para Tom y la de al lado para Dietmar. Les ofreció el menú y sonrió de nuevo—. *Bon appétit*^[1].

—¿Qué ha dicho? —preguntó Dietmar en voz baja, cuando el camarero se hubo ido.

Tom se encogió de hombros. Miró los objetos plateados y de porcelana que tintineaban por el movimiento del tren y luego abrió la carta.

—¡Oh, no! —dijo—. Está en francés.

—*Jus de fruits*^[2] —leyó Dietmar, luchando con las palabras—. ¿Quiere decir que solo hay zumos de frutas para desayunar?

—Aquí está en inglés —dijo Tom, señalando otra parte de la carta—. Yo voy a

tomar cereales con leche, tostadas y café.

—A mí no me gusta el café.

—A mí tampoco, pero parece mejor cuando lo ves escrito en la carta. —Reparó en un block pequeño y un lápiz que había dejado sobre la mesa el sonriente camarero —. Creo que tenemos que escribir aquí lo que queremos tomar.

Cuando se inclinaba sobre el block, Tom percibió el olor de un perfume. Levantó la vista, con el corazón latiéndole de emoción, y vio que se acercaba la mujer guapa. Observó, con gran sorpresa, que el camarero la llevaba directamente hasta su mesa, que apartaba una silla para ella, y colocaba al marido frente a Dietmar. Después tomó la orden de Tom y se marchó.

La mujer miró a Tom, que se puso rojo. Furioso consigo mismo, bajó la vista, simulando leer la carta.

—*¿Parlez-vous français?*^[3] —dijo el marido. Tom levantó la vista.

El hombre sonrió.

—Le preguntaba si habla francés. He visto que leía la parte de la carta que viene en francés.

—¡Oh! —dijo Tom, con la cara aún más roja, sintiendo los ojos de la mujer fijos en él—. ¿Francés? Sí, bueno, quiero decir... *oui*.

Dietmar se echó a reír.

—Austen aún no habla ni siquiera inglés. La verdad es que todavía lleva pañales.

La mujer se rio de aquella broma y Tom le arreó un puntapié a Dietmar por debajo de la mesa, pero erró el golpe. El hombre le alargó la mano a Tom.

—Me llamo Richard Saks —dijo—. Esta es mi mujer, Catherine.

Tom estrechó la mano del hombre, dándose cuenta, por su aspecto, de que no estaba bebido. Se fijó en su pelo castaño oscuro y en su bigote, y se volvió tímidamente a la mujer.

—Me llamo Tom Austen —dijo—, y este es Dietmar Oban.

—Encantada —la mujer bostezó y abrió su bolso, de donde sacó una pitillera de oro y una boquilla. Colocó en ella un cigarrillo y se llevó la larga y elegante boquilla a los labios.

—¿Qué vas a tomar, princesa? —preguntó Richard Saks a su mujer.

—Café.

Tom sonrió para sí, encantado de haber pedido también café. Cuando la mujer se volvió para mirar la ventanilla, pudo observar los diamantes refulgentes que llevaba en los dedos, el collar de perlas sobre el jersey negro, y el maquillaje alrededor de sus ojos maravillosos.

—¿Sabe usted si esas perlas son auténticas? —preguntó.

Catherine le miró asombrada.

—¿Qué?

—Yo sé un método para distinguir si las perlas son verdaderas: se frota contra los dientes. Si son falsas, resbalan, pero si son finas, raspan —Tom se detuvo,

sintiéndose un estúpido bajo la mirada de aquellos ojos azules; luego aclaró—: Lo he leído en una novela policíaca.

—¿Crees que yo iba a llevar perlas falsas? —preguntó Catherine Saks, acariciando las perlas con sus uñas puntiagudas.

—No. Yo...

—Olvídalo, cabeza de chorlito —dijo Dietmar—. Es que se cree un gran detective, como los Hardy.

—Yo leí todos sus libros cuando era joven —dijo Richard Saks—. Son estupendos.

Tom sonrió agradecido. Llegó un camarero con el cereal, y Tom vertió sobre él un poco de leche de una jarrita plateada. Tenía un hambre atroz.

No queriendo quedarse embobado ante la belleza de Catherine Saks, se puso a mirar a través de la ventanilla el campo que se deslizaba ante su vista. El tren pasó trepidando junto a una laguna azul, haciendo levantar el vuelo a una bandada de pajarillos negros que estaban posados en una vieja valla, medio cubierta por las aguas. Tom se sintió mejor, y estaba tratando de reunir el coraje suficiente para dirigirse a Catherine Saks, cuando se le adelantó Dietmar.

—¿Es usted modelo? —le preguntó.

—No —dijo Catherine, sonriendo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque es usted muy guapa.

Catherine Saks resplandecía cuando se dirigió a Dietmar.

—¿Lo crees así? Eso es muy halagador. La verdad es que trabajé una vez en el cine.

—¡Caramba! —dijo Dietmar—. ¡Una estrella de cine!

—Bueno, no exactamente una estrella. Tuve una pequeña intervención en una película titulada *Mi pequeño gatito*. ¿No la has visto en televisión?

—¡Oh, sí, claro! —dijo Dietmar—. ¡Estaba usted magnífica!

Tom miró a Dietmar, sabiendo que mentía, y le envidió por lo fácil que le resultaba hablar con Catherine Saks.

—¿Ha estado usted en Hollywood? —preguntó Tom.

—Sí —respondió ella, mirando aún a Dietmar—. Pero me cansé de aquello y volví a casa, en Winnipeg, con una amiga mía que también había estado trabajando en Hollywood.

—Las dos entraron a trabajar en mi Banco —intervino Richard Saks—, y no tardamos mucho en casarnos Catherine y yo. —Miró a su mujer con adoración, pero a Tom le pareció que no había demasiado amor en la mirada que ella le devolvió.

—¿No echa usted de menos ser estrella? —preguntó Dietmar.

—Ya lo creo que sí —respondió Catherine. Durante un minuto permaneció con la mirada perdida y luego prosiguió con voz tranquila—: Si fuera libre, de nuevo volvería, sin dudar, a Hollywood.

Mientras ella decía esto, Tom miraba a Richard Saks, y percibió una ligera

contracción en su rostro. No era raro que bebiera, sabiendo que su mujer quería liberarse de su matrimonio.

—¿Dónde van ustedes? —preguntó Tom a Richard Saks, intentando cambiar de tema.

—A Victoria —respondió el hombre, con cara de contento—. Catherine necesitaba unas vacaciones después de la tensión a que ha estado sometida últimamente.

—¿Por qué? —preguntó Tom.

—No es nada —dijo Catherine, con un tono de voz que indicaba claramente que no era asunto de Tom.

Richard Saks rodeó a su esposa con un brazo.

—Ahora no tienes que preocuparte por ello —dijo, dándole un beso, al que ella respondió poniéndose rígida.

Tom se estaba hartando de Catherine Saks. Miró el café que le había traído el camarero, se llevó la taza a los labios, pero el sabor le resultó amargo. Se levantó, sonrió a Richard Saks y abandonó la mesa. Por su parte, Dietmar y Catherine Saks podían pasarse todo el día diciéndose tonterías uno al otro.

—Su cuenta, señor —dijo el camarero sonriente, alargándosela.

—¡Oh, sí! —mientras sacaba unas monedas del bolsillo, se fijó en que el señor bajo y gordo dejaba su mesa y se acercaba a hablar con Catherine Saks. Sonriendo al ver la expresión celosa de Dietmar, abandonó Tom el vagón-restaurante.

EN EL COCHE-CAMA siguiente, la puerta de uno de los departamentos estaba abierta. Tom se asomó y vio a un mozo que estaba quitando las sábanas de la cama.

—¡Hola! —dijo Tom—. ¿Puedo ver cómo es un departamento por dentro?

—Desde luego —dijo el mozo. Era muy alto y sonrió a Tom tras unas gafas de montura negra—. Me llamo Dermot.

Tom le dio su nombre y le tendió la mano. Se fijó en un cuadro que había en la pared, que representaba un río que corría entre rocas. Había un lavabo con un espejo y un grifo, un altavoz para escuchar música y un pequeño cuarto de baño.

—¿No hay asientos?

—Claro que sí —contestó Dermot, al tiempo que recogía la cama contra la pared, lo que dejó al descubierto dos butacas plegadas. Con un rápido movimiento, las abrió.

—¡Estupendo! —dijo Tom, sentándose—. ¿Es usted estudiante?

—Sí; este es mi trabajo de verano. Durante el curso estudio en la Universidad.

—Me gustaría hacer lo mismo cuando sea mayor. ¿Es divertido?

—Sí que lo es. Y, además, uno conoce gente rara, como ese mozo viejo de su vagón.

—¿Qué tiene de raro?

—Dicen que fue boxeador profesional y que, en un combate, le pegaron tan fuerte que estuvo en cama varios meses. Se recuperó, pero quedó un poco sonado.

—¿Qué le ocurre?

—Me han dicho que a veces tiene arrebatos violentos cuando pierde el control de sí mismo. Parece ser que una vez se peleó con un revisor y lo lanzó por la puerta de un tren en marcha.

—¡Caramba! —dijo Tom, notando que los pelos se le ponían de punta—. Eso es horrible.

—Bueno, no sé si será verdad, pero yo procuro tener cuidado con ese tipo. —Dermot sonrió a Tom—. Bien, será mejor que siga con mi trabajo.

—¡Oh, claro! —dijo Tom, poniéndose de pie. Salió al pasillo, lamentando haber olvidado darle las gracias a Dermot. ¿Qué sucedería si el mozo viejo le agarraba en mitad de la noche y lo lanzaba fuera del tren? Solo de pensarlo se estremeció y se preguntó si no sería mejor cambiar de litera con Dietmar para que el mozo se equivocara de persona...

Afortunadamente, el mozo no estaba por allí cuando Tom llegó a su vagón. Las literas habían sido recogidas y se sentó al sol, dejándose relajar por el calor de sus rayos. Al otro lado del pasillo, la señora de las pastas resopló con fuerza y destapó con grandes aspavientos la caja de pastas.

—¡Vieja roñosa! —dijo Tom para sí. Se puso a mirar por la ventanilla y vio que el tren se aproximaba a un pequeño grupo de árboles, a cuya sombra pastaba un caballo,

que se espantaba las moscas con el rabo. Luego apareció una casita de madera y Tom vio una chica sentada en los escalones de la entrada, mientras el aire agitaba su cabello. Al pasar el tren, saludó con la mano y Tom estaba seguro de que le había saludado a él.

Enseguida desapareció de su vista. Tom se inclinó contra el cristal de la ventanilla intentando verla de nuevo, pero la casita había desaparecido ya. Se sentó de nuevo, preguntándose quién sería la chica, sintiéndose a un tiempo triste y alegre por haber compartido juntos aquel momento. Dietmar venía. Tom le oyó hablar con Catherine Saks en el pasillo, y su voz le pareció poco amistosa. Cerró los ojos, fingiendo estar dormido, y minutos después lo estaba realmente.

Cuando se despertó, se incorporó y cogió un libro y un paquete de chicle. Después de un buen rato de lectura, Dietmar y él tomaron una hamburguesa con queso en el pequeño restaurante que había debajo del mirador; luego subieron a este y charlaron animadamente mientras contemplaban el paisaje.

EL BAJAR y subir al tren en las estaciones, para curiosear, les abrió el apetito y tomaron una espléndida cena, cuyo plato fuerte fue una gran ración de jamón de Virginia.^[4] Luego se encaminaron al último vagón del tren para jugar al bingo.

El juego tenía lugar en el coche mirador, y parecían estar allí todas las personas que habían conocido en el tren. La primera persona a quien Tom vio fue la señora de las pastas, que solo hizo un ligero saludo a Dietmar; a su lado se sentaba el hombre bajo y gordo, cuyos hombros estaban llenos de caspa.

A Tom se le cayó el alma a los pies al ver aquellas dos personas, pero se animó al divisar a la señora anciana, que le indicaba por señas una butaca vacía a su lado. Mientras se dirigía hacia ella por el pasillo que formaban las butacas, colocadas en dos filas frente a frente, divisó al hombre del maletín, cuyos ojos no se apartaban de Tom.

Simulando ignorar la mirada de aquel hombre, Tom se sentó y sonrió a la anciana. El sol de la tarde daba cierto atractivo a su pelo blanco, pero a Tom no le agradó mucho el excesivo maquillaje que se había aplicado.

—¡Hola! —dijo sonriendo—. Me llamo Tom Austen.

—Y yo soy la señora Ruggles —dijo la anciana, sonriendo a su vez.

—¿No tiene ninguna chocolatina? —preguntó en broma Tom.

—¡Picaro! —dijo la anciana, moviendo un dedo—. Te va a quitar el apetito.

—Ya he cenado —respondió Tom.

—Entonces te quitará la ganas de desayunar.

Dietmar, que había tomado asiento frente a ellos, movió la cabeza.

—¡Mala suerte! —murmuró.

Ignorando a Dietmar, la señora Ruggles abrió el bolso y sacó una bolsa de papel. Le dio un bombón a Tom y luego le ofreció al hombre del maletín, que estaba sentado

a su izquierda.

—Gracias —dijo el hombre, tomando un bombón grande.

La señora Ruggles se incorporó de su asiento y, cojeando, fue ofreciendo bombones a todo el mundo, sonriendo feliz cuando alguien elogiaba su calidad. Al llegar a Dietmar retiró ostensiblemente la bolsa y se sirvió ella misma.

Dietmar se puso rojo. Era la primera vez que Tom veía azorado a Dietmar, y se alegró. Le guiñó un ojo y se volvió a mirar por la ventanilla. Al hacerlo notó que el hombre del maletín seguía mirándole.

Esta vez le devolvió la mirada y el hombre desvió la vista. ¿Qué pasaba? Intrigado, Tom observó en la lejanía la puesta del sol, que dejaba tras sí un cielo bellamente surcado de franjas rojas, naranjas y amarillas.

—¡Tomen sus cartones para el bingo! —dijo una voz.

Tom se volvió y vio a Dermot. Sonriente, el mozo joven y alto repartió los cartones para el juego y luego preparó un bombo de varillas metálicas que contenía unas bolas de ping-pong numeradas. Hizo girar el bombo y sacó una bola.

—Número nueve —anunció Dermot—. ¿Nadie ha hecho bingo?

Todos rieron la gracia. Mientras el mozo hacía girar de nuevo el bombo, se oyó un alboroto en el bar, que era un local que había en la parte delantera del vagón.

—Número setenta y nueve —dijo Dermot, elevando la voz por encima del ruido proveniente del bar.

Se oyó un grito de enfado y Tom reconoció la voz de Richard Saks.

—¡Fuera de aquí! —gritaba—. ¡No quiero verte!

Dermot intentó seguir el juego, cantando animadamente otro número, pero todos miraban hacia el bar. Hubo una pausa y luego vieron a Catherine Saks que iba por el pasillo y salía del vagón.

—Es la rubia esa —dijo la señora de las pastas a su marido—. Ya te dije que era una fresca.

El hombre bajo y gordo la miró con desdén.

—Pues a mí me parece encantadora —dijo.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Dietmar, que, a continuación, miró hacia la señora de las pastas—. Además, ha sido estrella de cine, y apuesto a que usted no lo ha sido nunca.

Antes de que la señora de las pastas tuviera tiempo de expresar su opinión acerca de las estrellas de cine, la señora Ruggles, se dirigió a Dietmar, sorprendida.

—¿Estrella de cine? ¿Quién ha dicho eso?

—Ella.

La señora Ruggles chasqueó los labios y movió la cabeza.

—¿Estrella de cine? ¡Si solo tuvo un pequeño papel en una película!

—¡Pues eso ya es algo! —Dietmar se levantó y arrojó su cartón de bingo—. ¿Por qué está todo el mundo tan nervioso esta noche? ¿Es que hay luna llena?

—Yo le explicaré la causa de todo —dijo el hombre del maletín—. Es ese

borracho... Saks. No es una buena persona.

—¿Cómo sabe usted su nombre? —preguntó Tom.

La pregunta pareció desconcertar al hombre.

—¿Cómo? Leí un artículo en el periódico, en las notas de sociedad. Decía que el señor y la señora Saks se iban de vacaciones a Vancúver.

—A Victoria —dijo Tom, mirándole fijamente a la cara.

—Bueno, está bien, me equivoqué.

Demort hizo girar vigorosamente el bombo.

—¡Señora y señores! ¿Podemos seguir? Tengo unos premios maravillosos para repartir, como un formidable fin de semana para dos personas en la playa.

El hombre bajo y gordo se levantó.

—¡Ya estoy harto de esto! —dijo, dejando boca abajo su cartón y abandonando el vagón.

—¡Tiene gracia! —la señora Ruggles paseó la mirada sobre los otros pasajeros—. No sé a ustedes, pero a mí, toda esta tensión me destroza los nervios.

—Lo siento, señora —dijo Dermot, sonriendo después—. ¡Bueno, vamos a divertirnos!



El juego prosiguió sin más interrupciones, y Tom se alegró cuando la señora Ruggles, nerviosísima, levantó su cartón y cantó: ¡Bingo! Recibió como premio una novela e insistió para que Dermot aceptara dos bombones. Luego, se levantó.

—Hay que retirarse cuando uno gana —dijo, cogiendo el bastón—. Buenas noches a todos.

La señora Ruggles se alejó tambaleándose, aumentada su dificultad para andar

por el balanceo del tren. Dermot aguardó cortésmente a que se marchara y luego anunció otra partida.

Tom se cambió al asiento que había ocupado la señora Ruggles y miró al hombre misterioso.

—¿Qué lleva usted en ese maletín? —preguntó.

El hombre se volvió hacia Tom, pareció dudar y luego respondió:

—Aunque no lo crea, en este maletín solo hay papeles.

El hombre permaneció serio, muy seco. Tom no se creyó aquella historia.

Observó el maletín y la cadena que unía las esposas.

—Deben ser papeles muy valiosos.

—Pueden valer un millón de dólares.

Tom movió la cabeza fingiendo sentirse impresionado. Sabía que aquel hombre mentía, pero no se le ocurrió ninguna otra pregunta que le permitiera descubrir la verdad. Tenía mucho que aprender antes de llegar a ser un profesional como Frank y Joe Hardy.

—¡Número treinta y ocho!

Tom jugó algunas partidas más, sin ganar, y pronto empezaron a pesarle los párpados. El mirar a través de la ventanilla le hacía sentirse solo.

Bostezando, se levantó. Le dio las gracias a Dermot y cruzó el vagón, echando al pasar un vistazo al bar, para ver si Richard Saks continuaba allí.

El hombre estaba sentado junto a una mesa pequeña, con el rostro abotargado y los ojos rojos. Vio a Tom y agitó una mano temblorosa.

—¡Hola amigo! —dijo con voz pastosa.

—¡Hola! —dijo Tom—. ¿Cómo está usted?

—No muy despejado. ¿Y usted?

—Muy bien. He perdido al bingo.

—¡Otro perdedor! —dijo Richard Saks, moviendo la cabeza. Levantó el vaso y bebió un trago, pero aquello pareció entristecerle aún más—. Acepte mi consejo, amigo, y no se case nunca con una mujer hermosa.

—Sí, señor —dijo Tom—. ¡Bueno, buenas noches!

—No lo serán para mí —dijo con voz triste Richard Saks, mirando al vaso.

Tom siguió su camino por el tren. El encuentro con Richard Saks había ahondado su sentimiento de soledad, y se alegró al llegar a su departamento. Al meterse entre las blancas y limpias sábanas de su cama se sintió un poco mejor; la locomotora lanzó un silbido en la noche oscura y Tom se sumió en un sueño agitado.

Le despertó un grito.

Tom se incorporó en la cama, asustado. Lo oyó de nuevo; era un grito terrible de angustia. Se puso los pantalones y describió las cortinas de su litera. En el pasillo todo estaba tranquilo y por un momento dudó si no había sido una pesadilla. Pero entonces apareció, entre las cortinas de su litera, la cara de la señora de las pastas.

—¿Qué ha sido ese grito tan horrible? —preguntó con la cara lívida.

—No lo sé —respondió Tom—. Voy a averiguarlo.

Se oyó otro grito, seguido de unos sollozos profundos, y Tom salió corriendo hacia el lugar de donde provenían. Al doblar la esquina del pasillo que conducía a los departamentos, se detuvo horrorizado. Frente a él estaba Richard Saks, sosteniendo en las manos un cuchillo manchado de sangre.

RICHARD Saks estaba llorando.

—¡Mi princesa! —sollozaba—. ¡Mi princesa está muerta!

Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, Richard Saks no apartaba la vista del cuchillo ensangrentado y, por un momento, Tom creyó que iba a suicidarse. Pero soltó el cuchillo, que cayó al suelo, y se apoyó llorando contra la pared del pasillo.

Tom se acercó, con el corazón a punto de estallar, y vio que la puerta del departamento de la señora Ruggles estaba abierta. Entró y la vio, apoyada en su bastón, con la cara lívida por la impresión.

—Señora Ruggles —dijo Tom—. ¿Está usted bien?

La señora Ruggles se estremeció.

—Gracias a Dios que has venido —murmuró—. He estado gritando pidiendo ayuda. Por favor, auxilién a esa pobre mujer.

Tom asintió. En ese momento se oyeron unas pisadas rápidas por el pasillo y unos gritos confusos. Tom se volvió y vio al mozo viejo que sujetaba a Richard Saks y le hacía caer al suelo. Luego, el hombre bajo y gordo se acercó a Richard Saks y le gritó a la cara.

—¡Está usted loco! —gritó—. ¿Qué ha hecho?

El marido de la señora de las pastas, que llevaba puesto un batín, se dirigió hacia la puerta del departamento C y miró dentro.

—¡Dios mío! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Es horrible!

Tom trató de acercarse, pero el hombre cerró la puerta y se dirigió a Richard Saks.

—¡Merece usted que lo maten! —le gritó—. ¿Cómo ha sido capaz de matar a una pobre mujer?

—¡No! —murmuró Richard Saks. Su cara estaba pálida y tenía unas señales rojas como si le hubiesen golpeado—. ¡No, no!

Para entonces el pasillo ya estaba lleno de pasajeros que empujaban y se apretujaban tratando de ver lo que había sucedido. Dándose cuenta de que podían pisotear a Richard Saks, el mozo le obligó a incorporarse y le puso contra la pared. Al incorporarse el señor Saks, Tom vio el cuchillo en el suelo.



—¿Tiene un pañuelo? —le preguntó al mozo.

El hombre asintió y sacó uno del bolsillo. Tom se arrodilló, observando la fuerte hoja y el mango del cuchillo de caza, y lo envolvió cuidadosamente en el pañuelo. Levantó la mirada y vio cerca de él el rostro de Richard Saks, y percibió el olor agrio a alcohol de su aliento.

—¡No! —dijo Richard Saks con mirada de desesperación—. ¡No, amigo! ¡Yo no he sido!

—¡Embustero! —El hombre bajo y gordo levantó la mano como para golpear a Richard Saks—. ¡Yo le obligaré a decir la verdad!

Tom se acercó a Richard Saks, intentando protegerle de algún golpe, pero alguien sujetó la mano del hombre bajo y gordo. Tom se volvió y vio a un hombre alto con uniforme de revisor.

—Bueno —dijo el revisor—. ¿Qué pasa aquí?

Todos contestaron al unísono, pero el revisor no pareció darse cuenta de la realidad hasta que Tom desenvolvió el pañuelo y le enseñó el cuchillo ensangrentado. Inmediatamente se puso en acción, empezando por despejar el pasillo de espectadores y conduciendo a Richard Saks al departamento E, que estaba vacío. Ordenó al mozo que se quedara dentro vigilándole, cerró la puerta y se volvió a Tom y a los otros testigos.

—Vuelvan a sus camas, por favor —dijo—. Voy a llamar por radio a la próxima estación y la policía estará allí cuando llegue el tren. Me figuro que querrán hablar con todos ustedes.

La siguiente estación parecía no llegar nunca. Tom permanecía tumbado en su cama, sin poder olvidar la impresión que le había producido ver a Richard Saks empuñando el cuchillo ensangrentado. Por fin, distinguió un pequeño destello de luz

a lo lejos, en la oscuridad. La luz fue creciendo hasta que, finalmente, pudo divisar las luces de las calles y los anuncios luminosos de neón.

El tren entró en la estación silbando y haciendo sonar la campana, como si quisiera pregonar los horrores que acababan de ocurrir. Tom se sentó, y se estaba poniendo los zapatos cuando distinguió algunos detalles de la pequeña estación. La mitad de la población debía estar en el andén, y divisó otras personas que se dirigían corriendo hacia la estación, al tiempo que se detenía el tren.

Un coche de la policía, con sus luces intermitentes, estaba estacionado junto a la estación. Un policía bajó de él y se dirigió hacia el tren; unos segundos después, Tom le oyó hablar con el revisor, mientras caminaban por el pasillo. Luego todo quedó en silencio y Tom volvió a la ventanilla.

A medida que pasaba el tiempo, crecía la multitud de fuera. Habían formado corrillos en los que se hablaba acaloradamente bajo la escasa iluminación de las luces del andén. Un hombre que llevaba una camisa de manga corta y las manos en los bolsillos del pantalón vio a Tom y le dijo algo.

—¿Qué? —dijo Tom, que no había podido oírle a través del cristal de la ventanilla.

El hombre se llevó las manos a la boca a modo de bocina. Esta vez se escucharon las palabras a través de la ventanilla.

—¿Qué ha pasado?

Tom bajó la vista hacia el cuchillo de caza que aún sostenía entre sus manos. Sin poder resistir la tentación, lo sacó del pañuelo y lo sujetó con la punta hacia arriba, como si fuera a apuñalar a alguien. Los ojos del hombre se abrieron de asombro, gritó algo y señaló hacia Tom. Una excitación, como si se tratara de una descarga eléctrica, recorrió la multitud, y todos se apretujaron bajo la ventanilla de Tom, peleándose por ver el cuchillo ensangrentado.

Sintiéndose avergonzado, Tom apartó el cuchillo y bajó la cortina. ¡Qué estupidez! ¡Vaya detective, que no solo presumía ante una multitud de extraños, sino que dejaba sus huellas dactilares en una prueba evidente del caso! Rojo de vergüenza, envolvió de nuevo el cuchillo en el pañuelo.

Una mano movió las cortinas de su litera. El corazón empezó a latirle de miedo. Pero solo se trataba del revisor, que miró dentro y dijo:

—Por favor, ¿quiere acompañarme?

El revisor abrió la marcha hacia el coche-mirador, donde los otros testigos de la tragedia se encontraban sentados junto a las mesas del restaurante. Todos iban en bata, excepto el mozo.

El policía estaba sentado junto a una de las mesas, con un cuaderno de notas en la mano. Era muy joven, de ojos azules brillantes y pelo rubio muy cortado.

—¿Es este el último testigo? —preguntó al revisor.

—Sí.

El policía miró a Tom.

—¿Quiere decirme su nombre?

—Tom Austen —Tom le entregó el cuchillo—. Me temo que tenga también mis huellas dactilares.

—¿Es este el cuchillo que utilizó Richard Saks?

Yo no sé si lo utilizó o no, pero cuando llegué al pasillo lo tenía en sus manos y luego lo dejó caer.

El hombre bajo y gordo se adelantó:

—¡Claro que lo utilizó! —dijo con tono enfadado—. ¡Él mató a su mujer!

—¿Puede usted probarlo? —preguntó Tom.

—Naturalmente que sí. Todos escuchamos la pelea en el bar, y luego él dijo que no quería verla.

—Pero eso no es una prueba —dijo Tom.

—¡Para mí sí lo es!

—Y para mí —dijo la señora de las pastas, ciñéndose la bata azul al cuerpo—. No olvide que la noche anterior también estuvieron discutiendo en su departamento.

—Usted no estaba allí y, por tanto, no puede saber lo que sucedió —dijo Tom.

—Pero yo sí que estaba —dijo el mozo, dirigiéndose alternativamente a Tom y al revisor, con una mirada nerviosa.

—Y yo también —dijo la señora Ruggles. Llevaba una bata de lana sobre un camisón blanco largo, y las lágrimas habían desteñido sus mejillas—. Parecía una pelea muy violenta.

—Sí, supongo que así fue —dijo Tom con calma. Le repugnaba pensar que Richard Saks fuera el asesino. Sin embargo, todas las sospechas recaían sobre él. Y, para colmo de males, Tom recordó de pronto la conversación mantenida durante el desayuno. Las cosas se pondrían peor para Richard Saks, pero no podía ocultar ningún detalle a la policía—. Hay algo más —dijo contrariado.

—¿De qué se trata?

—Mi amigo y yo tomamos esta mañana el desayuno con el señor Saks y su mujer. Ella dijo que quería ser libre de nuevo para volver a Hollywood, y el señor Saks pareció muy enfadado.

El hombre bajo y gordo golpeó la mesa con la mano.

—¡Ahí tiene el motivo! —dijo alzando la voz—. Él sabía que iba a perder a su mujer y por eso la mató.

—Quizá —dijo el policía. Miró su cuaderno de notas—. Déjenme un momento para reconstruir los hechos.

Por un lado, Tom sentía pena por Richard Saks, pero, por otro, estaba entusiasmado por vivir tan de cerca una investigación por asesinato. Miraba fascinado al policía, mientras este leía sus notas:

—Saks y su mujer discutieron en su departamento. Ayer por la mañana, durante el desayuno, la mujer manifestó un cierto deseo de dejarle. Por la noche se les oyó discutir en el bar y ella volvió sola a su departamento —el policía hizo una pausa y

miró a su alrededor—: ¿Es correcto hasta ahora?

Algunas cabezas asintieron.

—A medianoche, Richard Saks abandonó el bar, muy bebido, y volvió a su departamento —el policía levantó la vista hacia la anciana—. A la señora Ruggles la despertó el ruido de una violenta pelea y luego oyó gritar, aterrorizada, a Catherine Saks. Gritó pidiendo ayuda y el joven Tom Austen fue el primero en acudir.

Tom se esforzó por parecer modesto.

—Tom Austen vio a Richard que llevaba en sus manos un cuchillo ensangrentado, que luego dejó caer. Segundos después, el hombre fue reducido por el mozo del tren y se descubrió a Catherine Saks en su departamento, muerta a puñaladas.

Tom se estremeció, alegrándose de no haber visto el interior del departamento C. Era una cosa horrible imaginarse a aquella bella mujer tendida en un charco de sangre.

—En descargo de Richard Saks —prosiguió el policía—, hay que señalar que él niega haber asesinado a su mujer. Dice que la encontró muerta, que cogió el cuchillo y que salió al pasillo para pedir ayuda. Reconoce, sin embargo, que estaba bebido y afirma que tiene un recuerdo muy borroso de los hechos.

Tom se acordó de Richard Saks, sentado en el bar, mirando su vaso. Si al menos se hubiera ido a la cama cuando él se detuvo para darle las buenas noches... Desgraciadamente, Tom recordó de repente otro detalle...

—Perdone, señor —dijo—, pero acabo de recordar algo. Esta noche, cuando le di las buenas noches a Richard Saks, me miró con tristeza y me dijo que para él no iban a ser tan buenas.

El hombre bajo y gordo miró al policía.

—¿Y ahora qué? —preguntó, como si se dirigiera a un niño—. ¿Me va usted a hacer caso ahora y va a acusar a Saks de asesinato?

El policía le lanzó una mirada de desprecio. Era evidente a quién le hubiera encantado poner entre rejas...

—Sí —dijo—. Voy a detener a Richard Saks bajo sospecha de asesinato.

—Eso está mejor. —El hombre miró alrededor—. Todos nosotros somos contribuyentes, por lo que tenemos derecho a asegurarnos de que la policía actúa eficazmente.

La señora de las pastas asintió y se puso de pie.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó al policía—. Nos han tenido sin dormir media noche.

—Sí, ya pueden irse.

Mientras salía la gente, Tom observó que el policía movía la cabeza disgustado. No era de extrañar, no le gustaba que se interfirieran cuando se trataba de aclarar los hechos relacionados con un asesinato. Tom regresó a su litera, profundamente impresionado por los sucesos de aquella noche. La cara de Dietmar asomó por entre

las cortinas.

—¿Es verdad que han matado a Catherine Saks? —preguntó.

Tom asintió.

—Espero que ahorquen a ese tipo.

—¿A quién?

—A su marido.

—¿Cómo sabes tú que la ha matado él?

—Es evidente. Se parece a los asesinos que se ven en la televisión.

—Muy listo, Dietmar...

Tom subió a su litera y miró por una rendija de la cortinilla la multitud de gente que había en el andén. Sentía deseos de bajar del tren para respirar un poco de aire fresco, pero ¿qué pasaría si lo reconocían como el muchacho del cuchillo?

Se disfrazaría un poco. Saltó de la cama y sacó de su maleta unas gafas de sol y una chaqueta de entretiempo. Se los puso y se dirigió hasta el final del vagón-restaurante, dispuesto a bajar tranquilamente del tren. La puerta estaba abierta y Tom descendió los escalones.

Todos los rostros miraban hacia el coche-cama donde Catherine Saks yacía muerta, y nadie se dio cuenta de que Tom bajaba del tren. Vio a un chico con una bicicleta y se dirigió a él.

—Hola —dijo—. ¿Qué sucede?

—¡Ha habido un asesinato! —dijo el muchacho con voz emocionada.

—¿Qué dices?

—¿Ves ese vagón? —dijo el chico, señalando el coche-cama de Tom.

—Sí.

—Pues un muchacho ha matado ahí a su madre a puñaladas. Le encerraron en un departamento hasta que el tren llegara aquí, pero se escapó e hirió a unas personas que intentaron detenerle.

Tom miró al muchacho, sin poder creer lo que oía.

—¿Ves esa ventanilla? Ahí es donde Hank Sayer vio al muchacho, que agitaba un enorme cuchillo chorreando sangre. Tenía la mirada perdida, como si estuviera loco. Alguien sujetó entonces al muchacho, pero se escapó, y ahora debe andar escondido en algún lugar del tren.

El chico dejó de hablar, con la respiración entrecortada por la emoción.

—¿Por qué no te vas a casa? —le dijo Tom—. Ese muchacho puede escaparse del tren y herirte con el cuchillo.

El chico se echó a reír.

—No me perdería esto por nada del mundo.

—Bien, voy a echar un vistazo.

—De acuerdo.

Tom se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se puso a pasear por el andén. Hubo un pequeño revuelo en la multitud y vio a dos hombres que se acercaban

con una camilla. Se oyeron murmullos y la gente se puso de puntillas para mirar, mientras los hombres subían al tren. Minutos después, alguien cercano al tren exclamó:

—¡Ahí vienen!

Aparecieron los hombres de la camilla, que bajaron su carga con cuidado. La gente enmudeció, sin apartar la vista de la manta gris que cubría el cuerpo de Catherine Saks. Algunos hombres se quitaron el sombrero y Tom vio a una mujer llevarse un pañuelo a los ojos. Mientras llevaban la camilla a una ambulancia que aguardaba cerca, solo se oía el resoplido de la máquina.

Todo el mundo estaba pendiente de la ambulancia, en la que introdujeron la camilla, pero a Tom se le ocurrió mirar hacia el tren y vio al policía que descendía con Richard Saks las escalerillas del coche-cama.

Los dos hombres pasaron por detrás de la gente y se dirigieron al coche de la policía. Deseoso de ver por última vez a Richard Saks, Tom se dirigió corriendo hacia el coche y llegó a él cuando el policía abría la portezuela.

—Buena suerte —le dijo a Richard Saks.

El pobre hombre pareció reconocer con dificultad a Tom, pero esbozó una pequeña sonrisa antes de dejarse caer con gesto cansado en el asiento del coche. Entró luego el policía, puso en marcha el motor y arrancó rápidamente, levantando las ruedas una nube de polvo en el aire templado de la noche. Tom se dio la vuelta y regresó despacio al tren, sin poder olvidar la tristeza que reflejaban los ojos de Richard Saks.

LA MAÑANA siguiente el sol brillaba con fuerza. Tom se despertó, poco a poco, recordando el asesinato con una enorme angustia en el corazón. ¡Pobre Richard Saks!

Abrió los ojos y echó un vistazo por la ventanilla. Una inmensa y maciza montaña se elevaba hacia el cielo. Se sentó, preguntándose qué habría sido de la llanura, cuando cayó en la cuenta de que el tren estaba atravesando las Montañas Rocosas.

La montaña que tenía ante sí era una enorme mole pétreo, cuya cima se elevaba hacia las nubes. A sus laderas se aferraban verdes bosques, que se extendían por el valle que el *Canadian Express* cruzaba.

Tom se vistió, disfrutando al mismo tiempo de la vista. El tren subió con esfuerzo una pendiente empinada, y luego siguió con precaución por un estrecho pasadizo labrado en la pared de la montaña. Mirando abajo hacia el valle, vio un lago de color verde esmeralda, tan solo alterado por la estela que dejaba tras de sí una canoa roja.

Tom no quería perderse aquella vista ni siquiera un minuto, pero estaba terriblemente hambriento. Descorrió las cortinas y dudó si despertar a Dietmar; al final decidió ir solo al vagón-restaurante.

Pocos pasajeros estaban levantados tan temprano. Uno de ellos era la señora Ruggles; llevaba un vestido negro con mangas acampanadas y un chal. Sonriendo, invitó a Tom a su mesa.

—Buenos días —dijo el muchacho, sentándose.

—¿Verdad que es maravilloso? —dijo la señora Ruggles señalando el espeso bosque que se extendía allí abajo, en el valle.

—Sí que lo es —dijo Tom, echando una mirada a su reloj—. Me parece que la investigación de la policía ha hecho que el tren vaya con retraso.

—Sí —dijo la señora Ruggles—, pero eso nos permite disfrutar del panorama durante más tiempo.



Tom encargó cereal con leche y unas tostadas, y luego se puso a mirar por la ventanilla.

—Me gustaría que Richard Saks pudiese estar mirando estas montañas, en lugar de estar pudriéndose en una celda.

—Sí, pobre hombre —la señora Ruggles se estremeció—. Pero, por favor, no hablemos de eso. ¿Dónde vives?

—En Winnipeg. Mi padre es policía.

Yo también vivo en Winnipeg. Tienes que ir a verme un día y tomaremos juntos el té.

—¿No tomó usted el tren en Brandon?

—Sí, fui allí a visitar a unos amigos. Ahora voy a la costa, a ver a mis nietos —dijo la señora Ruggles, sonriendo feliz—. Estoy deseando verlos.

Tom se sirvió un poco de leche en el plato de cereales y tomó la cuchara, que brilló con la luz del sol.

—¿Tiene usted una foto de ellos?

—¿De quiénes?

—De sus nietos.

—No, me parece que no.

—¡Qué raro! —dijo Tom sonriendo—. Mis abuelos tienen miles de fotos mías y de mi hermana. —Empezó a desayunar. Levantó la vista hacia la cima de la montaña, donde se destacaba contra la roca la blancura helada de un glaciar—. La semana pasada se me cayó un despertador al río y aún sigue andando —bromeó.

—¡No me digas!

—Bueno, es que es muy difícil que un río se pare.

La anciana se rio.

—¿Conoces los chistes de *Bobito*^[5]?

—No —mintió Tom—. ¿Quiere contarme alguno?

—De acuerdo —dijo la señora Ruggles, encantada—. ¿Para qué se llevó *Bobito* avena a la cama?

—No sé... Me doy por vencido.

—Para alimentar sus sueños.

Tom se rio.

—Muy bueno —dijo.

Sonriendo, Tom puso un poco de mermelada en la tostada y dijo:

—Adán, Eva y Pellízcame fueron al río a nadar. Adán y Eva se ahogaron, ¿quién se salvó?

—Pellízcame.

—De acuerdo —dijo Tom, alargando la mano y pellizcando ligeramente a la anciana en el brazo.

—¡Ah, pícaro! —dijo la señora Ruggles riéndose. Terminó el té, cogió el bastón y se puso de pie—. Ha sido muy divertido charlar contigo, Tom. Si te apetece, pasa por mi departamento luego y te daré unos bombones y contaremos chistes.

—De acuerdo dijo Tom. La veré luego.

La anciana se fue cojeando, apoyándose en su bastón. Cuando se hubo ido, Tom miró abajo, al valle, donde se divisaban unos coches pequeñitos circulando por una autopista. Luego, todo se volvió oscuro.

Se encendieron las luces del vagón-restaurante y Tom comprendió que el tren había entrado en un túnel. Se acercó a la ventanilla y vio que las luces del tren producían destellos en las rocas dentadas de la pared del túnel. Pocos minutos después, la luz del sol dio de lleno sobre el rostro de Tom, molestándole en los ojos. Terminó su tostada, se levantó y se dirigió hacia su vagón.

Al llegar a el vio, a la puerta de un departamento, a un niño que llevaba una gorra de béisbol. El mozo viejo estaba haciendo las camas. El niño se volvió hacia Tom y sacó una pistola de agua.

—¡Alto! —gritó.

Sonriendo, Tom levantó los brazos. El chico disparó, mojando la camisa de Tom, y luego se dio media vuelta y se fue corriendo.

El mozo se echó a reír.

—Ese chico lleva una hora dándome la lata. Le cortarías las manos...

Tom sonrió cortésmente, recordando con desagrado el cuchillo que se había utilizado contra Catherine Saks.

—¿Hay alguna noticia más del asesinato? —preguntó.

—No, ninguna —dijo el mozo, con aquel silbido especial debido al hueco que tenía en los dientes superiores—. Me figuro que ese tipo pasará el resto de su vida en prisión.

Tom miró hacia el pasillo y vio al chico que se acercaba cautelosamente hacia él,

con la pistola. Descubierta, el chico disparó rápidamente y retrocedió. Secándose el agua de la cara, Tom se preguntó como podía alguien parecer tan inocente y ser, en realidad, un incordio tan grande.

Una vez que terminó su trabajo en el departamento, el mozo encendió un cigarrillo.

—Anoche, mientras declaraba, estaba muy nervioso —dijo.

—¿Por qué?

—Hombre, se supone que por la noche yo debería estar sentado en un asiento que hay en el pasillo, por si alguien desea alguna cosa. Si anoche yo hubiera estado en mi sitio habría escuchado la pelea y hubiera podido evitar el asesinato.

—¿Dónde estaba usted?

—Echando un sueño en el departamento E. —El mozo aspiró de su cigarrillo y luego movió la cabeza—. Si el revisor lo averigua, me la gano.

—Bueno, yo no se lo voy a decir —dijo Tom. Ya se iba a marchar, cuando se volvió con curiosidad—. Me figuro que sería horrible el aspecto del departamento de aquella mujer, ¿no?

—Figúrese; había sangre por todas partes. Y vómitos sobre el cuerpo.

—¿Vómitos? —preguntó Tom, sorprendido—. Creía que la habían matado a puñaladas.

—Es cierto. Pero me figuro que aquel tipo se sentiría mal y se pondría enfermo.

Tom miró atentamente al mozo.

—¿Recuerda algún olor especial en el departamento?

—Claro que sí; era horrible, con todos aquellos vómitos, la sangre...

—¿No notó un olor a almendras?

El mozo miró sorprendido a Tom.

—¡Oiga! ¿Cómo lo sabe? ¿Entró usted anoche en el departamento?

Muy nervioso, pero haciendo por que no se le notara, Tom se encogió de hombros.

—No, no estuve allí. Dígame, ¿está usted seguro?

—Tan seguro como del día en que nací. Tardé media noche en quitar aquel olor.

Tom hizo un gesto al mozo, sin poder contener su emoción.

—¡Un millón de gracias! —dijo.

Tom dio media vuelta y anduvo presuroso por el vagón. Dietmar salía en aquel momento de la litera superior, bostezando.

—Dietmar —dijo Tom—. Tengo noticias.

—¿Se está cayendo el cielo? —dijo Dietmar sarcásticamente.

—¡Richard Saks es...! —dijo Tom, y se detuvo. La señora de las pastas le estaba mirando con los oídos atentos. Por poco mete la pata otra vez—. Ven —dijo a Dietmar, arrastrándolo al servicio.

—Quiero desayunar —protestó Dietmar.

—Luego, luego. —Tom abrió la puerta del servicio, empujó dentro de Dietmar y

cerró la puerta. A continuación abrió los grifos del agua fría y de la caliente.

—¡Ya soy mayorcito para lavarme solo! —dijo Dietmar.

—El agua es solamente para que no nos oigan —murmuró Tom.

—Tú sí que eres el que deberías estar en silencio, Austen —dijo Dietmar, riéndose.

—Escucha —dijo Tom, con los ojos dilatados de excitación—. ¡He descubierto que Richard Saks no es el asesino!

—¿Quién entonces? ¿La mujer esa de las pastas?

—Pudiera ser. Todo el mundo es sospechoso.

—¿Por qué?

Escucha esto —dijo Tom, bajando la voz—: Catherine Saks fue envenenada con cianuro.

—¿Quién lo ha dicho?

Lo digo yo. El mozo me contó que había vómitos sobre su cuerpo y que en el departamento olía a almendras.

—¿Y qué?

—Ese olor, y el hecho de que ella vomitara antes de morir, significan envenenamiento con cianuro.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Dietmar, menos sarcástico ya.

—Lo leí en una novela policíaca.

—¡Tú y tus libros! —dijo Dietmar moviendo la cabeza—. Yo creo que estás loco. Richard Saks mató a su mujer y ahora está en la prisión. Además, ¿no murió apuñalada?

—Claro que la apuñalaron —dijo Tom—, pero después de muerta. Eso fue para ocultar que la habían envenenado.

—Entonces, Richard Saks debió darle el cianuro.

—¿Por qué iba él a usar el veneno y el cuchillo? No, alguien envenenó a Catherine Saks, y luego apuñaló el cadáver para hacer creer que Richard Saks había matado a su mujer en un acceso de embriaguez.

—¿Quién?

—No lo sé —tuvo que admitir Tom—. Pero sospecho de todo el mundo. Por ejemplo, la mujer esa de las pastas podía haberle dado a Catherine Saks una pasta de chocolate que contuviera cianuro.

Dietmar se rio y abrió la puerta del servicio.

—Me voy a desayunar —dijo. Luego, pareció recordar algo y cerró la puerta—. Puede que tenga una pista para ti —dijo en voz baja.

—¿De qué se trata? —preguntó Tom, muy nervioso.

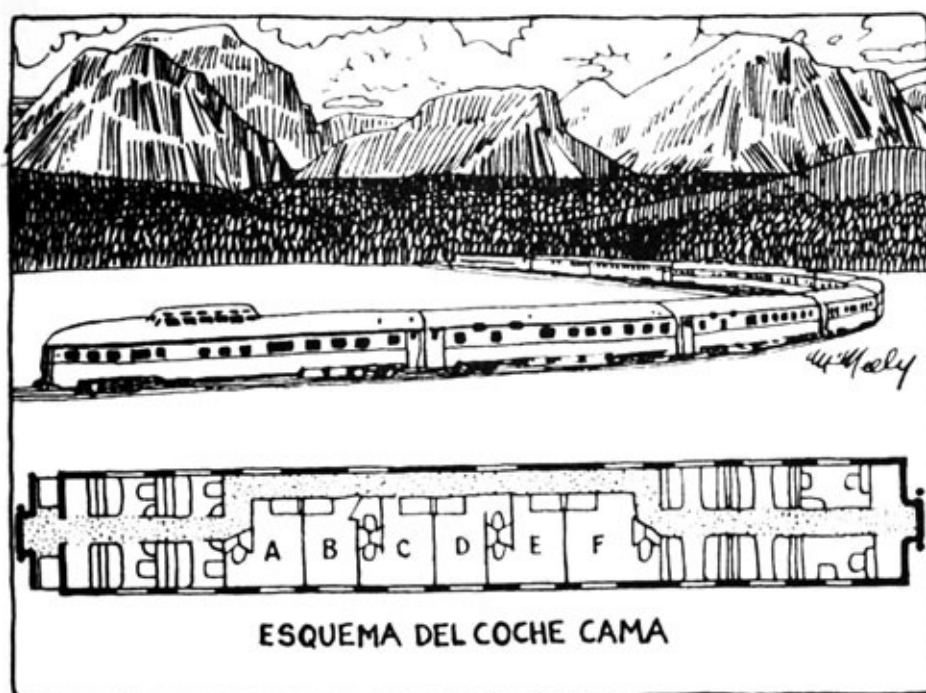
—Anoche estaba yo junto a una litera, la n.º 2 inferior del coche 165, y oí a alguien hablando entre sueños algo acerca de cuchillos ensangrentados y cadáveres.

—Aguarda —dijo Tom, sacando del bolsillo el cuaderno de notas que llevaba siempre consigo—. Espera que anote eso.

Dietmar repitió lo ya dicho y se marchó a desayunar. Tom no sabía cómo seguir aquella pista, por lo que decidió echar un vistazo para ver quién ocupaba aquella litera. Al salir del servicio se dio cuenta, de repente, de que precisamente estaba en el coche 165. Y eso no era todo: ¡la litera n.º 2 inferior era la suya!

Jurándose entre dientes que seguiría adelante a pesar de la broma de Dietmar, Tom se dirigió a su asiento y se puso a tomar unas notas sobre el asesinato. Lo primero que hizo fue dibujar un esquema del coche 165, con indicaciones sobre las personas que ocupaban las diferentes literas y los departamentos. Luego anotó lo que había visto y oído la noche anterior, así como lo que había declarado a la policía. Finalmente, anotó sus sospechas de que Catherine Saks había sido envenenada.

Tom se recostó en su asiento, mirando el cuaderno de notas. En algún sitio, entre aquella maraña de hechos, estaba la pista que conducía al verdadero asesino. ¡Tenía que descubrirlo antes de que el tren llegara a Vancúver!



—Hola, señor.

Tom levantó la vista de su cuaderno de notas y vio al chico de la gorra de béisbol.

—Siento haberle disparado, señor —el chico sacó un paquete de chicle del bolsillo—. Si me perdona le doy un chicle.

—Claro que te perdono, chico. —Tom prefería otra marca, pero pensó que no debía defraudar al chico—. Si, tomaré, uno.

Sonriendo feliz, el chico le ofreció el paquete. Tom cogió una pastilla de chicle y, al intentar sacarla del paquete, sonó un zumbido y notó un golpe seco en la mano.

—¡Oh! —gritó Tom, dejando caer el paquete.

El chico se echó a reír, recogió a toda prisa el paquete trucado y desapareció en un instante. Al otro lado del pasillo, la señora de las pastas intentaba disimular la risa.

Con la cara roja de vergüenza, Tom hizo un esfuerzo para sonreír a la señora.

—¡Ese chico...! —dijo—. ¡Con qué gusto le cortaría la cabeza!

—¡No serías capaz! —dijo la señora, impresionada.

—Bueno, al menos un pie. Así podría cogerle cuando intentara escaparse.

La mujer le miró con desprecio, resopló y volvió la cabeza. Tom pensó que si fuese ella la que estuviera tratando de descubrir al asesino, él sería el primer sospechoso.

¡Ya había perdido bastante tiempo! Volvió a su cuaderno de notas y se puso a analizar todos los hechos, buscando una pista. Mientras estaba enfrascado en ello, regresó Dietmar con un palillo de dientes en la boca y se dejó caer en su asiento.

—El asesino es el cocinero —dijo sonriendo.

—¡Vete a hacer gárgaras! —murmuró Tom.

—¿Tienes una lupa?

—¿Para qué?

—Porque me gustaría verte gateando por el suelo buscando alguna prueba, como haría Sherlock Holmes.

—¡Muy gracioso! —Tom nunca se lo diría a Dietmar, pero ya había estado pensando en cómo hubiera abordado este caso Sherlock Holmes. Seguramente habría empezado por buscar alguna prueba a gatas—. ¡Tengo una idea! —dijo.

—Olvídala, antes de que sea tarde.

Tom se inclinó hacia Dietmar.

—Voy a entrar en el departamento C, a buscar alguna prueba —dijo en voz baja.

—¿Cómo?

—A lo mejor la puerta no está cerrada con llave. —Tom se incorporó—. ¿Vienes?

—No sé —dijo Dietmar, aparentando aburrimiento—. Está bien, iré contigo.

Tom emprendió la marcha hacia el departamento C. Miró a un lado y otro del pasillo y luego intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada.

—¡Demonios! —dijo—. ¡Qué mala pata!

—¿Por qué no le dices al mozo que te abra?

—Buena idea, Dietmar. A lo mejor te contrato como ayudante.

El mozo estaba ocupado en el departamento A, pero Tom no vio señales de su ocupante, el hombre del maletín. Se preguntó durante un instante por qué no había visto a ese hombre por allí últimamente, y luego se dirigió al mozo.

—Hola —dijo—. ¿Cómo le va?

—Estupendamente, amigo. Me dijeron que volviste a caer en la trampa de ese chico, el del chicle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dietmar.

—Nada —dijo Tom—. Escuche, ¿podría hacerme un favor?

—¿De qué se trata?

—De que me deje entrar en el departamento C.

El mozo se echó a reír.

—Hombre, eres un muchacho sediento de sangre.

Intentando disimular el verdadero motivo por el que quería entrar en el departamento, Tom sacó los dientes como Drácula.

—¡Saaaangre! ¡Saaaaangre! —susurró—. ¡Dadme saaaaangre!

El mozo sacó un llavero del bolsillo.

—De acuerdo, pero no tardes.

—Descuide —dijo Tom.

El mozo se dirigió hacia el departamento C. Mientras abría, Tom se estremeció, impresionado por lo que vería dentro. Pero el mozo había trabajado duro para limpiar el departamento y el sol entraba alegremente a través de la ventanilla.

—No hay nada que ver —dijo Dietmar, decepcionado.

—Tom abrió la puerta del servicio y miró dentro. Nada. Husmeó en el pequeño armarito que había sobre el lavabo, pero el empleado había realizado su trabajo a conciencia. Desanimado, recorrió con la vista la moqueta del suelo y se dirigió hacia la ventanilla para ver si había huellas dactilares.

—Tengo que regresar a mi trabajo —dijo el mozo.

—Esta bien —dijo Tom, decepcionado. Se apartó de la ventanilla y vio un pequeño cenicero adosado a la pared. Dentro había una colilla.

—Aquí hay algo que usted se ha dejado —dijo Tom.

—¿Qué? —El mozo se acercó a Tom y se echó a reír—. ¡Una colilla! Amigo, me alegro de que no seas el presidente del ferrocarril, porque en caso contrario estaría perdido. En fin, voy a quitarla.

—No, déjeme a mí —dijo Tom, cogiendo rápidamente la colilla. La guardó en un bolsillo y sonrió al mozo—. ¡Bueno, muchas gracias, amigo!

—Hasta luego —dijo el mozo.

La señora de las pastas les miró sospechosamente cuando regresaron a sus asientos, por lo que Tom condujo a Dietmar hasta el servicio. Cerró la puerta, abrió los grifos y sacó la colilla del bolsillo.

—Esto puede ser una pista —dijo lleno de esperanza.

—No —replicó Dietmar—. Eso es una colilla...

Tom examinó cuidadosamente la colilla, intentando leer la marca.



—Creo que pone *Players* —dijo—, pero esta mancha de lápiz de labios tapa el nombre.

—¿Qué marca fumaba Catherine Saks durante el desayuno?

—No lo sé —dijo Tom, avergonzado de su poca habilidad como detective. Siempre había leído que tenía que ser un buen observador, pero esta vez había fallado. Se concentró en sus recuerdos de la mesa del desayuno, pero todo lo que hubiera podido decir era lo elegante que resultaba Catherine Saks fumando con su boquilla—. En fin —suspiró—, quizá no tenga importancia.

Regresó con Dietmar a su asiento y sacó la maleta, de donde extrajo uno de los sobres que le había dado su madre para que escribiera a su casa. Introdujo en él la colilla y luego escribió en el sobre la fecha, la hora y sus iniciales. Lo guardó en el bolsillo y sacó su cuaderno de notas.

—Vuelta a empezar —dijo tristemente.

—Ya te lo dije —dijo Dietmar, poniendo los pies sobre el asiento de Tom—. La mató el cocinero.

Al poco rato Dietmar estaba dormido. Tom se enfrascó demasiado en su cuaderno de notas como para disfrutar de la belleza de las montañas. Acababa justamente de pasar un camarero anunciando la comida, mientras Dietmar dormía a pierna suelta, cuando Tom chasqueó los dedos y levantó la vista entusiasmado.

—¡Formidable! —dijo para sí—. ¡Creo que ya lo tengo!

TOM agarró a Dietmar por el brazo.

—¡Rápido! —dijo—. ¡Despiértate!

Dietmar abrió los ojos, asustado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Otro asesinato?

—¡No, no! —contestó Tom, mostrándole el cuaderno de notas—. ¡Lo he descubierto!

Al otro lado del pasillo, la señora de las pastas cerró de golpe el libro que estaba leyendo.

—¡Eh, ustedes! ¡A ver si dejan de hacer ruido o tendré que llamar al mozo...!

—Sí, señora —dijo Tom, sonriendo. Sacó a Dietmar de su asiento y le llevó al servicio.

—Esa mujer se va a creer que estamos locos —dijo Dietmar—, pues siempre nos ve ir juntos al lavabo.

—¡A la porra con ella! —dijo Tom, tan excitado que se olvidó de abrir los grifos—. ¡Ya sé quién es el asesino!

—¿Quién?

—El hombre del maletín.

—¿Por qué?

—Todo está aquí —dijo Tom, mostrándole el cuaderno de notas—. Cuando estábamos jugando al bingo, ese hombre dijo que Richard Saks era un borracho y que no era una buena persona.

—¿Y qué?

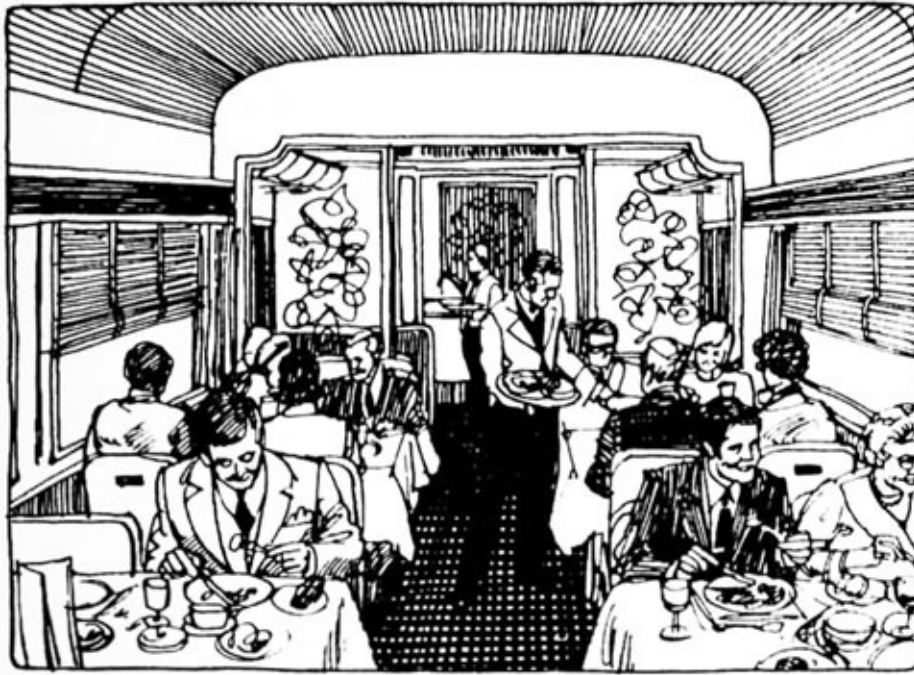
—A mí ya me extrañó que conociera el nombre de Richard Saks, aunque intentó hacerme creer que lo había leído en un periódico —Tom miró fijamente a Dietmar—. Si solo conocía a Richard Saks por el periódico, ¿por qué dijo que «no era una buena persona»?

—Sí, eso es raro. Pero ¿por qué mató a Catherine Saks?

—A eso voy —Tom abrió el cuaderno de notas y comprobó sus datos—. Cuando le pregunté qué llevaba en el maletín, me dijo que eran papeles que bien podían valer un millón de dólares. Ahí tienes el motivo.

—No lo veo claro.

—¡Chantaje! —Tom esperó la reacción de Dietmar, pero este se limitó a quedarse mirando—. ¿No has leído nada de Agatha Christie?



—No.

—¡Eres un inculto! —dijo Tom moviendo la cabeza—. Bien, en sus novelas policíacas hay que buscar siempre si hay algún motivo para un chantaje. Cuando me acordé de eso, mi caso estaba resuelto.

—Sigo sin verlo claro.

—Yo creo que Catherine Saks hizo algo malo en Hollywood. Ese hombre se enteró de ello y tiene todos los detalles en los papeles que lleva en el maletín. Por eso no lo aleja nunca de su vista. Amenazó con revelar todo, por lo que Richard Saks pagó el chantaje, pero el hombre debió seguir pidiendo más y más dinero, hasta que Richard Saks le amenazó con ir a la policía.

—Hasta ahora, de acuerdo.

—La noche en que estuvimos jugando al bingo, ese hombre siguió a Catherine Saks hasta su departamento y la envenenó. Luego, la apuñaló para hacer creer que Richard Saks era el asesino. De esta forma nadie creería a Saks si decía que le estaban chantajeando.

—Bueno —dijo Dietmar—, resulta un poco complicado, pero todo parece encajar. ¿Vas a decírselo al revisor?

—Sí, pero primero quiero conseguir algunas pruebas. Voy a ver a ese hombre y hacerle unas cuantas preguntas; luego intentaré echar un vistazo a lo que lleva en el maletín. Si pudiera ver esos papeles, causantes del chantaje, podría considerar cerrado el caso.

Dietmar tragó saliva, nervioso.

—Será mejor que tengas cuidado —dijo—. Si sospecha algo, te matará a ti también.

—No te preocupes. No tomaré nada que esté envenenado.

La puerta del servicio chirrió al abrirla Tom. Anteriormente no había notado el chirrido, pero ahora sus nervios estaban en tensión. Miró adelante y atrás por el pasillo y se dirigió presuroso a su asiento, con el corazón latiéndole con fuerza. Una cosa era leer las historias de los hermanos Hardy, y otra muy distinta estar de verdad tras la pista de un asesino.

—¿Cuál va a ser el próximo paso?

—Voy a buscar a ese hombre —respondió Tom—. Deséame suerte.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Tom se guardó el cuaderno de notas en el bolsillo y se dirigió hacia el pasillo de los departamentos. Al fondo, el mozo estaba sentado en un asiento abatible, mirando un cigarrillo que tenía entre los dedos. Sonrió al ver a Tom.

—¡Hola, Drácula! —dijo—. ¿Vas al bar por una botella de sangre?

Tom sonrió.

—Quizá más tarde. Ahora voy a ver al señor del departamento A.

—Pues no vas a poderle ver.

—¿Por qué no?

—Porque acaba de irse al **vagón-restaurante** para almorzar.

—¡Vaya! —dijo Tom, contrariado—. Bueno, yo también tengo hambre. Creo que voy a ir a tomarme un buen filete.

Camino del coche-restaurante, Tom se detuvo a comprobar sus finanzas. Sus padres solo le habían dado dinero para que se tomara una hamburguesa a la hora del almuerzo, pero él tenía que seguir al hombre del maletín. En fin, se gastaría ahora el dinero de la cena y pasaría hambre por la noche.

En el vagón-restaurante divisó a la señora Ruggles sentada sola ante una taza de té. Ella le sonrió contenta y le hizo una seña, pero en aquel momento vio al hombre del maletín, solo, en otra mesa.

Tom se dirigió lentamente hacia la señora Ruggles.

—¡Hola! —dijo, buscando afanosamente una excusa.

—Siéntate, por favor —dijo la señora Ruggles—. Es una suerte que aparezcas justamente cuando empezaba a sentirme sola.

—Me encantaría sentarme con usted, pero no puedo.

—¡Oh! —dijo la señora Ruggles, sin poder disimular su contrariedad—. ¿No vas a almorzar?

—Sí, pero... —a Tom comenzaba a arderle el rostro—. Yo..., es que prometí almorzar con otra persona.

—¡Ya! —Evidentemente, la señora Ruggles comprendió que Tom estaba mintiendo, pero sonrió—. Diviértete, pues; ya te veré luego.

—Seguro —dijo Tom, avergonzado.

Se alejó, sintiendo mucho haber tenido que herir los sentimientos de la anciana,

pero un detective no debe ajustarse a ninguna norma.

El hombre del maletín estaba leyendo una carta, y al ver acercarse a Tom, la guardó, fingiendo estar mirando por la ventanilla.

—Hola —dijo Tom, sentándose a la mesa—. ¿Le importa si me siento con usted?

El hombre miró a Tom con una sonrisita.

—No parece que tenga otra elección.

Tom le alargó la mano.

—Me llamo Tom Austen.

—A mí puede llamarme señor Faith. —El apretón de manos de aquel hombre fue rápido y débil—. O señor Hope, o señor Charity.^[6]

¿Nombres supuestos? Tom frunció la frente, acrecentándose sus sospechas; observó el pelo gris de aquel hombre, la piel seca de su rostro alargado y sus pequeños ojos pardos. Ciertamente, aquella era la cara de un asesino, aunque eso no era una prueba. «¡Al grano, Austen!», se dijo para sí.

—¿Va usted lejos?

De nuevo la sonrisita.

—Eso mismo pensaba yo cuando tenía tu edad, pero los planes para la vida a veces se tuercen.

—No. Me refería en este tren.

—¡Ya, ya sé! —El señor Faith se puso a mirar por la ventanilla el bosque que pasaba ante ellos y pareció concentrarse en sus pensamientos—. Este es el viaje más importante de mi vida —dijo por último.

Tom aguardó a que prosiguiera, pero, evidentemente, el hombre no quería dar una respuesta directa. No queriendo despertar sospechas, Tom fingió perder interés y cogió la carta. El plato más barato era la tortilla española y, aunque no le apetecía nada, tenía que pedir algo.

—¡Sí! —prosiguió el señor Faith, haciendo un gesto—. Uno se forma sus propios sueños y es capaz de llegar hasta las estrellas.

¿Estaría loco aquel tipo? A lo mejor, el cometer aquel horrible crimen le había puesto al borde de la locura. Tom miró a su alrededor para ver quién podría ayudarle en caso de necesidad, pero la señora Ruggles estaba sola, y al único pasajero que reconoció, entre los demás, fue el hombre bajo y gordo, que parecía dormitar bajo los rayos del sol.

Mientras esperaba a que le sirvieran la tortilla española, Tom estudió varios métodos de aproximación, decidiéndose finalmente por el ataque directo.

—¿Conoce usted a Richard Saks?

Sorprendido, el hombre apartó su mirada de la ventanilla.

—¿Qué?

—Que si es usted amigo de Richard Saks.

El señor Faith se rio amargamente.

—Por supuesto que no —dijo—. Le odio.

Tom se quedó sin saber qué decir, sorprendido al comprobar que su teoría era cierta. Mientras miraba al señor Faith, llegó un camarero con un plato que contenía una humeante masa amarilla.

—Su tortilla, señor —dijo el camarero, dejando el plato sobre el mantel.

—Gracias —dijo Tom, débilmente. Partió la tortilla, pero le dio cierta repugnancia descubrir que estaba rellena de partículas verdes^[7].

El señor Faith sonrió poco amistosamente.

—*Bon appetit* —dijo alzando su vaso de agua.

Bon appetit. La misma frase que le había dicho el camarero del vagón-restaurante durante el desayuno. A lo mejor los dos hombres eran cómplices del crimen y podía haber sido el camarero el que le sirviera a Catherine Saks la comida envenenada que la había matado. Con manos temblorosas, Tom bajó la vista hacia la tortilla, felicitándose por no haberla probado aún.

—¿No tienes hambre? —preguntó el señor Faith.

Tom negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué malgastas el dinero, pidiendo esa tortilla? —dijo el señor Faith, arrugando su pequeña boca con gesto de desaprobación—. Si fueses hijo mío, haría que te la comieras.

Tom se estremeció, compadeciendo a quien tuviese por padre al señor Faith. Miró por la ventanilla y vio que la locomotora reducía la velocidad a medida que se aproximaba a un túnel. Temeroso de que aquel hombre le hiciese algo mientras el tren estaba en el túnel, echó su silla un poco hacia atrás, dispuesto a echar a correr si fuera necesario.

—¡Otro túnel, no! —dijo el señor Faith cuando el tren entró en la oscuridad y se encendieron las luces del vagón-restaurante—. Esto es insoportable.

El tren continuó reduciendo la velocidad, lo que aumentó el nerviosismo de Tom. Durante un momento horrible pensó que, a lo mejor, también el conductor era cómplice; pero reconoció que aquello era una tontería. Sin embargo, respiró aliviado al salir a la luz del sol.

—Tómate la tortilla antes de que se te enfríe —dijo el señor Faith—. No puedes desperdiciarla.

Tom se sintió atrapado. No podía comerse la tortilla envenenada, pero tampoco debía levantar las sospechas de aquel hombre. Cogió con lentitud el cuchillo y el tenedor, los dejó de nuevo y cogió el vaso de agua.

—¿No conoce ningún chiste? —dijo, esperando desviar la atención de aquel hombre de la tortilla.

—El servicio de ferrocarriles ya es un chiste —dijo el señor Faith, mirando por la ventanilla justo en el momento en que el tren entraba en otro túnel. Cuando se encendieron las luces, levantó la mano y llamó con los dedos.

—Venga aquí, por favor —dijo llamando a alguien.

Tom se volvió y divisó a un mozo que iba a sentarse a comer a la mesa destinada

a los empleados. Atendiendo la llamada del señor Faith, se acercó.

—¿Qué desea, señor? —dijo.

—¿Por qué va tan despacio el tren?

—Están efectuando unas reparaciones en los túneles, señor, y hay peligro de desprendimientos de rocas.

—¡Qué fastidio! —El señor Faith retiró el puño de la camisa y golpeó ligeramente el cristal de su reloj—. Nos retrasamos primero con ese condenado asesinato, y ahora más retraso. ¡Tengo que estar en Vancúver lo más pronto posible!

—Sí, señor —dijo el mozo, llevándose una mano a la gorra—. Pues nada, le diré al conductor que pedalee más fuerte.

—¡Vaya descaró! —dijo el señor Faith al mozo, enrojeciendo—. ¡Puedo hacer que lo despidan!

—Sí, señor. ¿Puedo almorzar, mientras tanto?

El señor Faith miró al mozo mientras se retiraba, y luego al plato de Tom.

—Ya veo que se ha comido la tortilla.

—Sí. Estaba exquisita.

—Eso está mejor —dijo el señor Faith, con el rostro algo más relajado—. Como nunca he tenido mucho dinero, me molesta que se desperdicie algo.

A Tom se le estaban quemando las piernas. Echó un vistazo hacia abajo, a la tortilla que tenía en las piernas, sobre una servilleta, donde la había puesto durante la discusión del señor Faith con el mozo. Sin apartar la vista de aquel hombre, envolvió la tortilla con la servilleta de lino y la dejó caer al suelo.

Pasado el peligro, volvió Tom al ataque.

—¿Por qué odia usted a Richard Saks? —preguntó, y esperó la respuesta del señor Faith.

—¡Oh, mire! —dijo este señalando a través de la ventanilla—. Mire qué maravilla.

Tom vio, junto a un camino, un río en cuyas verdes aguas se reflejaban los árboles que bordeaban la orilla. Un pescador, con botas hasta la cadera, estaba metido en el río y lanzaba la caña hacia una poza de aguas profundas y frías.

—Necesitaba dinero —dijo el señor Faith—, por lo que fui a pedir un crédito al banco del que era director Richard Saks. No me quiso atender.

—¿Por qué?

—Dijo que era demasiado riesgo —respondió el señor Faith—, y que si necesitaba dinero debía conseguir primero un trabajo.

—¿No tiene usted trabajo?

—No tengo un trabajo normal, como conducir un autobús o sacar muelas. —El señor Faith hizo una pausa y bebió un poco de agua—. Trabajo por mi cuenta y solo consigo dinero de vez en cuando. Por eso necesitaba el préstamo.

La evidencia era cada vez más clara. Todo lo que decía el señor Faith demostraba que era un chantajista con un buen motivo para querer vengarse de Richard Saks. Tan

solo faltaba saber el contenido del maletín.

—Richard Saks es un canalla —prosiguió el señor Faith—. Por su culpa fue a la cárcel una persona inocente.

—¿Qué pasó?

—Hace unos años desapareció algún dinero de su banco, lo que quiere decir que fue robado por alguien que trabajaba allí. La policía sospechó de Richard Saks, pero en el juicio salieron a relucir muchas cosas que hicieron recaer las culpas sobre una cajera. A ella la metieron en la cárcel y Richard Saks quedó libre. Pero mucha gente piensa que fue él.

—¿Hubo alguna prueba de ello?

—No, pero era la típica jugada sucia que un jefe es capaz de preparar. —La tensión había vuelto al rostro del señor Faith, que tenía contraída la piel de alrededor de los ojos y de la boca—. No hay que fiarse nunca de un hombre que tiene una mujer guapa.

—En fin —dijo Tom tranquilamente—, ya no la tiene.

—Eso es verdad —dijo el hombre del maletín—. Y no puedo decir que lo sienta.

Alguien se acercaba. Tom levantó la vista y vio al mozo, con la gorra en la mano.

—Perdone, señor —dijo al señor Faith—, pero debe saber que pararemos quince minutos en el pueblo al que estamos llegando. Siento la molestia, pero la locomotora debe provisionarse de gasóleo.

—Ya sé cómo funcionan estas locomotoras —dijo el señor Faith con acritud—. En todo caso, me vendrá bien bajar a dar un paseo, lejos de mozos descarados.

—Iré con usted —dijo Tom, levantándose.

—Prefiero ir solo. —El señor Faith se limpió delicadamente la boca con la servilleta, cogió el maletín de su regazo y se puso en pie—. Adiós, muchacho.

El señor Faith dejó dinero sobre la mesa y se marchó, con la cadena sujeta siempre a su muñeca. Tom contó rápidamente el dinero necesario para pagar la tortilla y salió tras el señor Faith.

Lo encontró en el descansillo que había entre el vagón-restaurante y el primer coche-cama, esperando a que se detuviera el tren. El estrépito y los chirridos de las ruedas impedían hablar, por lo que Tom sonrió al señor Faith y se puso a mirar por la ventanilla.

El tren se detuvo en una pequeña estación de ladrillos rojos. Dermot, el mozo joven, abrió la puerta, retiró la rejilla metálica que cubría los escalones, y descendió al andén.

—¡Quince minutos de parada! —gritó, al tiempo que el señor Faith bajaba rápidamente del tren.

Tom alcanzó al señor del maletín en el andén y anduvo a su paso.

—¿Qué tal? —dijo alegremente—. ¿Verdad que el aire de las montañas huele bien?

Ninguna respuesta.

—¡Eh, mire esos picos! —dijo Tom, señalando las cumbres nevadas que brillaban en el aire limpio—. ¿No le gustaría subir hasta allí?

El señor Faith hizo un giro rápido hacia la izquierda, salió del andén, se metió entre dos coches que había en el aparcamiento de la estación y apresuró el paso. A Tom le pilló a contrapié, pero echó a correr tras el hombre y le alcanzó cuando entraba en una calle de viejas casas de madera.

—¿Por qué va usted a Vancúver? —preguntó Tom.

El señor Faith se detuvo y miró a Tom. Se produjo una larga pausa, en la que solo se oía el chirrido de un columpio en un jardín cercano, y luego al señor Faith sacó una moneda del bolsillo.

—¿Por qué no va a tomarse un refresco? —dijo, ofreciéndole la moneda.

—Gracias, pero aquí no veo ningún café.

El señor Faith se volvió impaciente, mirando la calle arriba y abajo.

—¡Allí! —dijo triunfalmente, señalando hacia un viejo edificio con un parpadeante anuncio de neón que decía CAFÉ.

—Tiene un aspecto horrible —dijo Tom, mirando al café—. Me da miedo ir solo.

—Vamos —dijo el señor Faith, tomando a Tom por el brazo—. Le compraré un refresco y así me dejará en paz.

Tom no estaba dispuesto a dejarlo en paz, aunque no dijo nada. Pegándose como una lapa al señor Faith, estaba sometiéndole, deliberadamente, a una presión mental que, posiblemente, le haría saltar en el momento menos pensado. Si el hombre del maletín cometía algún error, a lo mejor, podría conseguir Tom la prueba definitiva.

El señor Faith abrió la puerta del café y se encontraron dentro de una habitación oscura que olía a comida rancia. Tom parpadeó, tratando de ajustar sus ojos a la oscuridad, y vio una camarera que llevaba el uniforme muy sucio.

—¿Del tren? —preguntó—. ¿Qué desean?

—Un refresco para este joven —dijo el señor Faith—; para mí un café, si está caliente y es de hoy.

La mujer miró con enfado al señor Faith y se volvió para abrir un ventanuco que daba a la cocina.

—¡Un refresco y un café! —gritó, y volvió a cerrar.

El señor Faith se sentó junto al mostrador, colocando el maletín en su regazo. Tom se sentó en un taburete. Su acompañante tomó una servilleta de papel y limpió con cuidado el mostrador.

—¿Ponemos algo de música? —dijo Tom, señalando un tocadiscos situado en un rincón del café.

—*Rock and roll* —murmuró el señor Faith. Luego se dirigió a la camarera—: ¿Dónde está el servicio, por favor?

—Por allí —dijo la mujer, señalando una puerta.

El señor Faith se puso de pie y desapareció tras la puerta. Tom vio, por un instante, una cocina y un hombre con gorro de cocinero, inclinado sobre el horno. Se

cerró la puerta. Tom dio media vuelta en el taburete y se acercó a ver los títulos de los discos.

—Aquí tiene su refresco —le llamó la camarera—. Tómese rápido, porque el tren va a salir enseguida.

—Gracias —dijo Tom, sonriéndole. Su refresco aguardaba en un vaso alto, sobre el mostrador, junto a la taza de café. Pero no había ni rastro del señor Faith.

Tom se sentó, mirando nerviosamente hacia la puerta de la cocina. El señor Faith no tendría tiempo de tomarse el café si no se apresuraba. Tomó una pajita, que introdujo en el vaso, y se entretuvo moviendo con ella los cubitos de hielo, mientras se preguntaba por qué tardaría tanto aquel hombre.

—Bébasela —dijo la camarera—, dese prisa.

¿Dónde estaría el señor Faith? Habían pasado ya casi los quince minutos y aún tenían que regresar a la estación. Tom se inclinó para tomarse el refresco, pero estaba demasiado nervioso pensando en el tren.

Apartó el vaso y se puso de pie.

—Ahora vuelvo —le dijo a la mujer.

Esta señaló hacia la bebida y comenzó a decir algo, pero Tom había cruzado ya la puerta que daba a la cocina. Una sartén se calentaba encima del fuego, llegaba música de un transistor y el cocinero estaba fregando una enorme cacerola en un fregadero lleno de agua sucia.

—¿Dónde está el servicio? —preguntó Tom al cocinero.

Sacó esta una mano chorreando agua y señaló hacia una puerta. El camino hacia el servicio estaba atestado de trapos de limpieza, escobas y cajas. Tom lo recorrió lo más rápidamente que pudo y llamó a la puerta.

—¡Señor Faith! Hemos de darnos prisa. El tren está a punto de salir.

No obtuvo ninguna respuesta, por lo que Tom llamó de nuevo, esta vez más fuerte. Los segundos pasaban mientras Tom esperaba, hasta que no pudo aguantar más. Agarró el pomo y abrió la puerta. El servicio estaba vacío.

TOM miró dentro del cuartucho, cerró la puerta de golpe y se dirigió al cocinero.

—¿Adónde se ha ido? —preguntó desesperadamente.

El hombre no pareció escucharle. Quitó el tapón del fregadero y se quedó mirando cómo se vaciaba lentamente del agua sucia.

—¡Por favor! —dijo Tom—. ¿Adónde se ha ido el hombre que estaba aquí?

El cocinero cogió una toalla que estaba colgada encima del fregadero y comenzó a secarse cuidadosamente las manos. Al mismo tiempo, hizo un gesto con la cabeza.

—¡Por favor! —repitió Tom—. ¡Ayúdeme!

El hombre repitió el gesto y, esta vez, Tom se dio cuenta de que le estaba señalando hacia una puerta medio oculta en un rincón. Corrió hacia ella, mientras oía el ruido final que hacía al salir el agua del fregadero, y abrió la puerta.

La luz del sol le dio de lleno en el rostro. Cegado, dio un traspiés. Comenzó a distinguir las paredes, un coche, unos árboles, y en ese momento oyó el silbido del tren.

Echó a correr. Se oyó otro silbido, como un aviso para que se apresurase. Los ojos de Tom se fueron acostumbrando a la luz del sol, pero aún le escocían mientras corría por la sucia calle que llevaba a la estación.

Dos mujeres hablaban, riéndose, a la puerta de una casa, sin sospechar el apuro del muchacho que pasó corriendo junto a ellas. ¡Había sido engañado no solo para que perdiera el tren, sino para que no siguiese investigando sobre el asesinato! Incapaz de creer lo que había sucedido, cruzó corriendo el aparcamiento de la estación, al mismo tiempo que se oía el pitido final del tren.

El mozo viejo estaba en la portezuela del coche-cama, haciéndole señas con la mano.

—¡Vamos, hombre! —gritó—. ¡Mueva esos pies!

Con la respiración entrecortada, Tom irrumpió en el andén, tropezando, y llegó al coche-cama. Vio que el mozo hacía una seña hacia la locomotora, y luego le ayudó a subir. El tren se puso en marcha.

—Ya era hora —dijo el mozo—. He tenido que retrasar un poco la salida del tren.

—Gracias —jadeó Tom, agarrándose con fuerza al pasamanos, mientras aspiraba aire en sus pulmones.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó el mozo—. El señor Faith me dijo que estaba usted tomando un café, o algo así.

—¿Está él en el tren?

—Claro que sí. Menos mal que ha llegado usted a tiempo. Si llega a perder el tren, me hubiera perdido una buena propina.

Tom sonrió al mozo, sintiéndose feliz de saber que había una persona en el tren en la que podía confiar. ¿Dónde estaría ahora el señor Faith? Tenía que buscarle y

pedirle una explicación por haberle engañado.

—Gracias de nuevo —dijo Tom, subiendo la escalerilla con las piernas temblorosas, contento de hallarse a salvo en el tren, en lugar de estar abandonado en un pueblo de la montaña.

Ya dentro del coche-cama, se detuvo frente al departamento A y llamó con fuerza a la puerta. En realidad, tenía miedo del señor Faith, pero también estaba enfadado, y eso le daba algo de valor. No hubo respuesta, y volvió a llamar de nuevo; miró luego arriba y abajo por el pasillo, preguntándose dónde se habría escondido aquel hombre.

Acaso en el vagón-mirador... Al dirigirse hacia él, apareció en el pasillo el hombre bajo y gordo. Tom siguió andando, pero el pasillo era estrecho y aquel hombre se aproximaba como un elefante, dispuesto a aplastarle si no se apartaba de su camino. En el último instante, vio un departamento con la puerta abierta y entró en él, mientras el hombre pasaba resoplando.

—¡Hola! ¿Has venido a verme?

¡Oh, no! ¡Qué mala suerte!

Tom se dio cuenta de que se había metido en el departamento de la señora Ruggles. Recordó su promesa de ir a ver a la anciana para contarle unos chistes y tomar unos dulces, y la forma en que la había desairado en el vagón-restaurante, y cerró los ojos con resignación. No podía desairarla otra vez.

—¿Por qué tiró *Bobito* el reloj por la ventana?

Tom se volvió lentamente, haciendo un esfuerzo para sonreír.

La señora Ruggles estaba sentada y tenía un libro en su regazo.

—Porque quería ver volar el tiempo.

Tom logró soltar una carcajada con gran esfuerzo. Estas cosas no les sucedían a los hermanos Hardy, pero no podía volver a herir los sentimientos de la anciana.

—Ahora te toca a ti —dijo ella, echándose el chal alrededor de los hombros—. Cierra la puerta y ven aquí.

Venciendo el deseo de salir corriendo del departamento y continuar la búsqueda del señor Faith, Tom cerró de mala gana la puerta y se volvió hacia la señora Ruggles, que sonrió anticipadamente a su chiste.

—Vamos a ver —dijo Tom—. Un chico fue a la peluquería y el peluquero le preguntó si quería que le cortara el pelo. «No», dijo el chico. «Quiero que me corte todos».

La señora Ruggles no captó el sentido del chiste y sonrió vagamente.

—Muy gracioso —dijo un poco confundida.

Sintiendo pena por la poca agudeza mental de la anciana y por su soledad, Tom se resignó a perder media hora con ella antes de buscar al señor Faith. Se sentó frente a la señora Ruggles y pensó en algún chiste que ella pudiera entender.

—Ahí va una adivinanza —dijo—. Usted sabe que un caballo anda con cuatro patas, ¿no?

—Sí.

—Y que una persona anda con dos piernas.

La señora Ruggles asintió.

—Ahora bien, ¿qué es lo que anda con una pierna?

La anciana frunció la frente, concentrándose, pero no le sirvió de nada. Sonriendo vencida, miró a Tom en demanda de la respuesta.

—¡Un zapato!

Esta vez sí lo entendió y se rio de buena gana. Cogió su bolso, sacó de él un bombón para Tom y luego un paquete de cigarrillos.

—¿Le importa que fume? —preguntó.

Tom negó con la cabeza. Mientras chupaba el rico chocolate, echó un vistazo por el departamento.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando a algo que parecía un busto con la cabeza calva, y que estaba en el suelo, en un rincón.

—¡Oh, eso! —la señora Ruggles encendió un cigarrillo y agitó la cerilla hasta que se apagó—. El soporte de una peluca.

—¿Y para qué sirve?

—Ahí se pone la peluca por la noche y así no pierde su forma.

—¿Lleva usted peluca?

La señora Ruggles no contestó y pareció algo confusa y molesta. Tom enrojeció, dándose cuenta de que había metido la pata. La pobre señora debía ser probablemente tan calva como una bola de billar, pero, como es lógico, no quería que lo supiera nadie.

—¿Sabe otro chiste? —preguntó, tratando de cambiar de tema.

—Déjame pensar —dijo la señora Ruggles distraída, aspirando el humo de su cigarrillo—. Sabía muchos.

Mientras la anciana trataba de recordar alguno, el tren entró en un túnel y redujo la velocidad. El túnel era muy largo y Tom sonrió al pensar en que debía estarle fastidiando al señor Faith la lentitud del tren. Pero ¿dónde se habría metido ese hombre?

—Tengo que irme pronto —dijo Tom.

—¿Por qué? —preguntó, disgustada, la señora Ruggles.

Tom sonrió, un poco embarazado.

—Estoy trabajando en un caso —dijo tímidamente.

—¿Un caso? ¿Qué quieres decir?

Sin pensarlo, lo soltó todo. Uno se siente mejor si encuentra una persona agradable y simpática con quien hablar, así que Tom contó toda la historia del cianuro y del señor Faith y de cómo estuvo a punto de perder el tren y quedarse abandonado en aquel pueblecito de la montaña.

—Y por eso es por lo que no me pude sentar con usted a la hora del almuerzo —terminó Tom, contento de poder explicar el motivo de su desaire.

Durante el relato, la señora Ruggles había escuchado atentamente, asintiendo con

la cabeza y haciendo de vez en cuando alguna pregunta. Cuando terminó Tom, encendió otro cigarrillo y le miró atentamente.

—Muy inteligente, sí señor —dijo—. Eres un verdadero detective.

Tom sonrió feliz, incapaz de ocultar su alegría.

—Quizá pueda usted ayudarme —dijo—. Vayamos en busca del señor Faith y usted le hace unas preguntas acerca del maletín. A lo mejor le pillamos desprevenido.

—Me parece muy bien —dijo la señora Ruggles. Le dio otro bombón a Tom, se puso de pie y se dirigió al servicio—. Discúlpame un minuto. Si vamos a estar en público, necesito pasarme el lápiz de labios.

Se cerró la puerta del servicio y Tom siguió con el bombón. Durante su charla con la señora Ruggles había consultado su cuaderno de notas y ahora se puso a ojear las páginas, recordando algunos detalles. Se dio cuenta de que había olvidado anotar algo sobre la colilla, por lo que sacó el sobre del bolsillo y anotó en el cuaderno los datos del sobre.

—¿Qué es eso? —preguntó la señora Ruggles, que salía del servicio.

—Bueno, pensé que podría ser una prueba —contestó Tom, abriendo y sacando la colilla—. La encontré en el departamento C.

—¿Una pista?

—Bueno, el asesino podría haberla dejado sin darse cuenta. —Sonriendo, Tom señaló la marca roja de la colilla—. Sin embargo, no creo que el señor Faith use lápiz de labios.

La señora Ruggles se rio.

—Espero que no.

—He tratado de averiguar la marca del cigarrillo, pero el lápiz de labios la tapa casi por completo. En cualquier caso, es evidente que Catherine Saks la dejó en el cenicero.

Tom recordó a la hermosa mujer sentada a la mesa del desayuno, tan elegante con la boquilla entre sus dedos. De pronto, como si recibiera un golpe, recordó algo.

—¡Eh! —dijo, mirando la colilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Ruggles.

—¡Claro! ¡Catherine Saks usaba boquilla, lo que significa que sus cigarrillos no tocaban sus labios, por lo que esta mancha de lápiz de labios no puede ser suya!

—Eso no tiene sentido, Tom —dijo la señora Ruggles, sentándose de nuevo en el asiento y cogiendo el bolso del suelo.

—¡Claro que lo tiene! —dijo Tom, excitado—. Aquella noche hubo otra mujer fumando en su departamento.

La señora Ruggles se rio.

—Realmente, eso es algo traído por los pelos, Tom. Si quieres que te ayude en este caso tienes que presentarme mejores pruebas.

—Usted no me entiende —dijo Tom, impaciente porque la mente de la anciana funcionara tan lentamente. Trataba de encontrar otra forma de explicarle lo de la

mancha de lápiz de labios, cuando sus ojos se fijaron en una de las colillas, que aún humeaba en el cenicero—. Será mejor que apague eso —dijo.

—Sí, claro.

La señora Ruggles cogió la colilla y la aplastó con fuerza contra el cenicero. Mientras lo hacía, Tom vio que tenía una mancha roja de lápiz de labios. Le invadió una sensación de frío y malestar y levantó la vista para mirar a la señora Ruggles.

Sonriendo, la anciana se llevó una mano a la cabeza y se quitó la peluca, dejando al descubierto una espesa cabellera negra que brillaba con la luz que entraba por la ventana. Al mismo tiempo, sacó un pequeño revólver de su bolso y encañonó a Tom.

—Enhorabuena —le dijo—. Acabas de descubrir al asesino.

NO LO entiendo —dijo Tom, que se sentía confuso y avergonzado.

La señora Ruggles se puso de nuevo la peluca, ajustándola cuidadosamente.

—Unas horas más y hubiera estado a salvo, fuera del tren —dijo con una voz que ya no era la de la anciana—. No podía imaginarme que un crío viniera a estropear mis planes.

Mil pensamientos distintos asaltaron a Tom. Sorpresa, estupidez, desesperación, miedo por el revólver que le apuntaba directamente al corazón. Había encontrado al asesino, pero estaba atrapado.

—¿Por qué, usted? —dijo Tom, con tristeza—. Usted me cae bien.

La señora Ruggles sonrió.

—Y tú a mí. Y he de decirte que has resuelto este caso estupendamente.

—¿Me vas a matar?

—Solo si es necesario.

Tom miró al revólver, preguntándose si debía lanzarse sobre la anciana y tratar de arrebatárselo. Pero no era una anciana y ya había asesinado a una persona.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Estate callado mientras pienso —dijo la señora Ruggles. Hubo un largo silencio y luego movió afirmativamente la cabeza—. Sí, ese es un buen plan.

—¿Quién es usted? —repitió Tom.

—Soy la cajera del banco.

—¿Qué? —dijo sorprendido Tom.

—El señor Faith estaba en lo cierto cuando sospechó que Richard Saks me había echado la culpa del robo —la señora Ruggles se inclinó hacia Tom—. Pero no fue culpa de Richard Saks, sino de la asquerosa Catherine, su mujer. Ella le obligó a hacerlo.

—¿Estuvo usted con ella en Hollywood?

—Sí, fuimos juntas para ser actrices, pero Catherine no valía. Se cansó de intentarlo e insistió en que regresáramos a Winnipeg. Siempre hacía lo que le daba la gana, así que regresamos a casa y encontramos trabajo en el banco de Richard. Al poco tiempo las dos estábamos enamoradas de él. —La señora Ruggles sonrió, pero con un gesto amargo en la boca—. ¿Adivinas quién lo atrapó?

Tom recordó la forma en que Catherine Saks había tratado a su marido durante el desayuno.

—Ella no parecía estar enamorada.

—Aquello no duró mucho. —La señora Ruggles bajó la vista con un gesto triste, y durante un segundo el revólver tembló en su mano—. Todo lo que ella quería de Richard era dinero, así que le obligó a que lo robara del banco. Yo lo sabía, pero no dije nada, porque quería a Richard.

—¿Le quiere aún?

—Sí, pero quería vengarme de los dos, especialmente de Catherine. Cuando leí en el periódico que iban a realizar este viaje, planeé el asesinato perfecto.

La señora Ruggles parecía haberse olvidado del revólver y, a medida que hablaba, lo bajaba más y más.

—Hace dos semanas le di un susto a Catherine, a la que llamé por teléfono, diciéndole que quería vengarme. Luego, para evitar cualquier sospecha, me fui a Brandon y tomé el tren, ya en mi papel de señora mayor.

La señora Ruggles hizo una pausa, con aire satisfecho.

—Catherine no me reconoció. Anoche, después de su pelea con Richard en el bar, la seguí hasta su departamento y le expresé mi simpatía. Catherine me contó todas sus penas y yo le di un bombón.

—Envenenado con cianuro —dijo Tom, estremeciéndose.

La señora Ruggles asintió.

—Se lo metió en la boca y empezó a chuparlo. Entonces me quité la peluca y le sonreí. Catherine solía decir que yo era una mala actriz, pero seguro que no pensaría eso mientras se estaba muriendo.

Tom miró a la mujer, dándose cuenta de que tras el maquillaje y la peluca se escondía una persona perversa.

—Una vez muerta, la apuñalé y me fui a mi departamento. Cuando oí que volvía Richard, pulsé la alarma, pretextando que había escuchado una pelea.

Para entonces, el revólver estaba apuntando casi al suelo. Armándose de valor, Tom hizo otra pregunta para que la señora Ruggles siguiera hablando.

—Si usted quería a Richard Saks, ¿por qué quiso cargarle con la culpa de un asesinato?

—Yo solo quería que él sufriera un poco todo lo que yo pasé. Cuando lleven el cadáver de Catherine a la ciudad, y le hagan la autopsia, encontrarán el cianuro y el chocolate en su estómago y sabrán que Richard no fue el asesino. Para entonces, la vieja señora Ruggles ya no estaría en el tren, habría desaparecido para siempre.

«No, no lo conseguirás», pensó Tom. Tensó sus músculos, dispuesto a lanzarse contra la mujer, pero en ese momento se oyó llamar a la puerta y ella levantó el revólver.

—¿Quién es? —dijo la señora Ruggles, con la voz de señora mayor.

—El mozo, señora. ¿Quiere que le traiga un poco de té?

—Esta tarde no, gracias.

—¿Va todo bien?

—Estupendamente —dijo la señora Ruggles, sonriendo a Tom—. Está conmigo un joven que ha venido a tomar unos bombones.

—Pues que lo pase bien —dijo el mozo.

¡Bombones! Tom se sintió mal al comprobar con cuánta facilidad podía haber sido envenenado. Su trabajo de detective le había metido en un lío del que no sabía

cómo salir.

—Y ahora —dijo la señora Ruggles— ha llegado el momento de eliminar al joven Tom Austen.

—Usted no disparará contra mí —dijo Tom, tratando de parecer valiente.

—¿Te apuestas algo?

Sin dejar de encañonar a Tom, la señora Ruggles se acercó a la ventanilla y miró hacia la cabecera del tren.

—Estupendo —dijo—. Ahora tengo una oportunidad.

—No podrá salir bien de esto —dijo Tom—. Entréguese a la policía.

La señora Ruggles se echó a reír.

—Eso suena a película de televisión. Ahora escucha atentamente, muchacho. Vamos a salir del departamento y nos dirigiremos hasta el final del coche-cama. Llevaré el revólver bajo mi chal, y si algo sale mal te mataré.

—Si lo hace, irá a la cárcel.

—No olvides que ya he matado a otra persona. Un cadáver más no va a importar mucho.

Tom sintió un escalofrío al recordar la manta gris que tapaba el cuerpo de Catherine Saks cuando lo sacaron del tren. Sería mejor que obedeciera, porque, si no, también él saldría del tren con los pies por delante.

—Abre la puerta.

Tom hizo lo que se le ordenaba, esperando ingenuamente que hubiera una docena de policías aguardando a la señora Ruggles, para echarle el guante, pero el pasillo estaba vacío y silencioso, a excepción del traqueteo de las ruedas.

—¡Rápido! —dijo la señora Ruggles, empujando a Tom por detrás con su bastón.

Recorrieron el pasillo y pasaron junto a las literas sin ver a nadie. Cuando llegaron a la plataforma que había entre el coche-cama y el vagón siguiente, Tom miró hacia la ventanilla y solo vio la oscuridad. Por un momento creyó que era de noche, pero enseguida cayó en la cuenta de que estaban atravesando un túnel.

—Abre la puerta exterior —dijo la señora Ruggles.

Tom empezaba a comprender lo que ella planeaba. La miró implorante, pero la mirada fría de sus ojos le hizo comprender que debía obedecer. Levantó el pestillo de la puerta y la abrió, escuchando el ruido del tren aumentado por el túnel.

—Ahora, la escalerilla —dijo la señora Ruggles en voz alta, para que la oyera.

Tom levantó la escalerilla plegada y la empujó hacia adelante, quedando listos los escalones de acero.

—¡Vamos! —dijo la señora Ruggles, empujando a Tom con el bastón—. Baja hasta el último peldaño y salta.

Tom comenzó a descender despacio, mientras el humo de la locomotora llenaba su nariz. Llegó al escalón inferior y miró asustado al exterior. Aunque sabía que el tren iba despacio, le daba miedo saltar al vacío en la oscuridad.

—¡Salta! —gritó la señora Ruggles.

Tom se volvió y miró a la mujer.

—No puedo —dijo—. Me da miedo.

—¡Haz lo que te digo! —dijo enfadada la señora Ruggles, adelantándose para empujar a Tom con el bastón.

El miedo atenazaba a Tom.

—No puedo saltar —dijo, esquivando el bastón.

—¡Ahora verás si puedes!

La señora Ruggles bajó dos escalones tratando de empujar a Tom, pero este esquivaba el bastón.

La mujer bajó un escalón más, se echó hacia adelante y empujó a Tom con la mano. Al mismo tiempo, Tom levantó el brazo para defenderse y sus dedos se agarraron al chal que ella llevaba; cayó hacia atrás, agarrado al chal, y los dos rodaron fuera del tren.

Algo metálico golpeó la espalda de Tom; sintió un golpe en la cabeza y un estruendo le ensordeció. Abrió ahogado la boca para respirar, seguro de que se estaba muriendo, y, por fin, abrió los ojos y vio la borrosa sombra de las ruedas del tren que pasaban junto a él.

Volvió la cabeza, sintiendo unos intensos latidos, y vio a la señora Ruggles caída de espaldas. Se sentó, con todo el cuerpo dolorido, y se arrastró hacia ella con la esperanza de encontrar el revólver. Pero la mujer abrió los ojos y sujetó su brazo. En aquel momento pasó junto a ellos el último vagón del tren y sus luces se perdieron en la profundidad del túnel.

Luego solo hubo silencio y oscuridad.

Tom trató de zafarse de la mano de la mujer, pero le tenía sujeto con fuerza. Oía el ruido de su respiración, pero no dijo nada.

—Tengo el revólver —murmuró la señora Ruggles—. Dame el más mínimo motivo y no dudaré en matarte.

Tom permaneció callado, para que su voz no delatara el miedo que sentía. La fuerza con que le agarraba el puño de aquella mujer le hacía daño, y las piedras del suelo del túnel se clavaban en sus rodillas; pero solo pensaba en huir de aquel aire frío y húmedo que le sofocaba.

—Ayúdame a incorporarme —dijo la señora Ruggles.

La seda de su viejo vestido crujió al levantarse, apoyándose con fuerza en los hombros de Tom, y luego él tiró de ella para que se incorporara.

—Todo ha sido por tu culpa —dijo la mujer con voz enfadada—. Cuando salgamos de este túnel voy a librarme de ti para siempre.

Tom escuchó el eco de aquellas amenazadoras palabras, sabiendo que tenía que actuar rápido para salvar su vida. Sin pensarlo más, le pegó una patada en la pierna. La mujer dio un grito de dolor y aflojó el puño con el que sujetaba el brazo de Tom; con un movimiento rápido este se soltó de ella, dio la vuelta y echó a correr.

—¡Vuelve! —gritó la señora Ruggles.

Hubo un destello rojizo, se oyó un estampido y una bala se estrelló contra la pared del túnel. Tom se detuvo, pensando que ella había disparado hacia el lugar de donde venía el ruido de sus pisadas, y se quedó quieto, aguardando con temor. Solo silencio en la oscuridad mientras transcurrían unos segundos interminables.

Luego, oyó unas pisadas.

La señora Ruggles se acercaba lentamente en dirección suya. Tom distinguía sus pisadas cautelosas, que se dirigían hacia él en la oscuridad. Con el corazón latiéndole aceleradamente, se agachó, cogió una piedra y la lanzó en dirección a la mujer.

Durante un momento no oyó nada, pero enseguida escuchó el choque de la piedra contra la pared del túnel. La señora Ruggles dio un grito de sorpresa y disparó hacia el lugar de donde había venido el ruido, agrandándose el destello y el estampido del revólver en el interior del túnel.

De nuevo se hizo el silencio en la oscuridad. Tom escuchaba, pendiente de cualquier movimiento, y, finalmente, percibió las pisadas cautelosas de la mujer. Se fue acercando, crujiendo las piedras bajo sus pies, hasta que Tom pudo oír su fuerte respiración.

Sus músculos estaban tensos por el miedo cuando ella pasó junto a él. Las pisadas continuaron en la oscuridad, hasta que se detuvieron de repente.

De las vías del tren venía un ligero temblor. Tom volvió la cabeza hacia atrás, escuchando el creciente sonido que producían las vías al temblar. Enseguida oyó un traqueteo lejano. El ruido se hizo más fuerte, y una luz lejana empezó a divisarse en la oscuridad del túnel. Allá lejos, en el túnel, acercándose, había una luz cuyos rayos iban desvaneciéndose poco a poco la oscuridad que rodeaba a Tom y a la señora Ruggles. Poco después ella vio dónde estaba Tom y disparó.

Tom se agachó y cogió una piedra en cada mano. Miró hacia la oscuridad, donde había oído últimamente las pisadas, echó hacia atrás un brazo y lanzó una piedra.

La piedra se estrelló contra la pared del túnel y el revólver volvió a disparar.

Tom lanzó la segunda piedra, con toda su energía, hacia el lugar donde había visto el destello del disparo. Esta vez oyó un grito de dolor; Tom se dio la vuelta y echó a correr en dirección a la luz que se veía a lo lejos, y en ese momento oyó otro estampido y el silbido de una bala.

Tom agachó la cabeza y aceleró la carrera. La luz estaba ya cercana, reluciendo en la oscuridad frente a él, y oyó el ruido de un motor. Unos segundos después, un foco lanzó sobre él su luz.

Respirando entrecortadamente, Tom se lanzó hacia adelante. Cuando el foco se hizo mayor, levantó los brazos para llamar la atención y escuchó el chirrido del acero al aplicar los frenos.

—¿Quién es usted? —gritó un hombre.

Tom se protegió los ojos de la luz del foco y corrió hacia la voz. Cuando pasó de la zona de deslumbramiento, vio a dos hombres sentados en una vagoneta de reparaciones, cargada de herramientas. Feliz al verlos, Tom señaló con una mano el

interior del túnel.

—¡Ayúdenme, por favor! —dijo—. Ahí dentro hay una mujer con un revólver. Los hombres se miraron uno a otro.



—Ya te dije que eran disparos —dijo uno de ellos.

El otro se agachó hacia Tom.

—Suba —dijo, ayudándole a subir.

—Tengan cuidado, que volverá a disparar —advirtió Tom.

La vagoneta se puso en marcha, iluminando con su foco los raíles. Al principio no vieron ni rastro de la señora Ruggles, pero enseguida Tom distinguió una figura lejana corriendo.

—¡Allí está! —gritó.

La vagoneta redujo la velocidad. A Tom le retumbaba en los oídos el ruido del motor. Al acercarse a la señora Ruggles, esta disparó casi sin volverse, y la bala se perdió lejos de la vagoneta. La señora Ruggles se detuvo para apuntar, apretó el gatillo, pero no disparó. Lo intentó de nuevo, y luego lanzó el revólver vacío en dirección a sus perseguidores.

El arma se estrelló contra la parte delantera de la vagoneta y rodó por el suelo del túnel. La señora Ruggles se volvió para echar a correr, pero uno de los hombres había descendido ya de la vagoneta y la sujetó por un brazo. Luchó ella, desesperadamente, pero el hombre le dobló el brazo por detrás de la espalda y la condujo a la vagoneta.

La señora Ruggles miró a Tom y le enseñó una mano ensangrentada.

—Mira lo que me has hecho con una piedra —dijo, casi llorando—. ¿Cómo has podido hacerme esto si decías que yo te caía bien?

Tom no supo qué contestar.

LA SEÑORA Ruggles fue atada a la vagoneta y esta se deslizó rápidamente hasta salir del túnel y luego hasta la estación siguiente. Desde allí, se avisó a la policía y se envió un mensaje por radio al *Canadian Express* para que se detuviera.

Una vez que Tom prestó declaración ante la policía y vio cómo se llevaban, debidamente custodiada, a la señora Ruggles, los ocupantes de la vagoneta le condujeron hasta el tren, que se encontraba detenido en un apeadero situado frente a un lago rodeado de verdor y de montañas.

Algunos pasajeros habían descendido del tren para estirar las piernas y hacer unas fotos del paisaje. Ya habían comenzado a circular rumores acerca de Tom y de la señora Ruggles, y cuando se detuvo la vagoneta, la rodearon muchos rostros curiosos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dietmar, abriéndose paso entre los curiosos y dirigiéndose a Tom.

—Poca cosa —respondió Tom—. Que me caí del tren y estos amigos me han traído de nuevo.

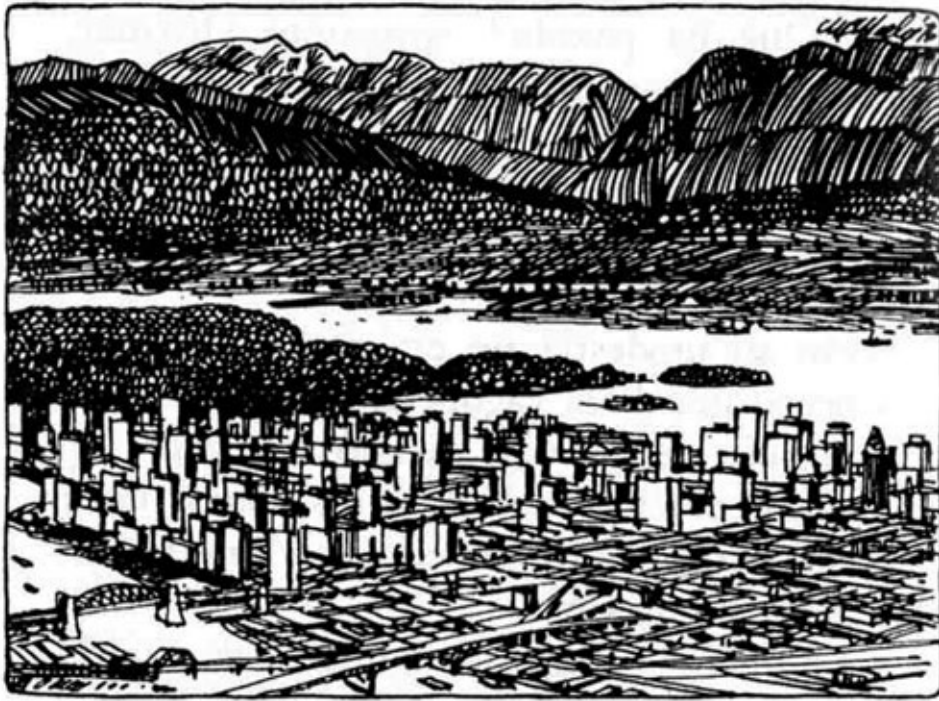
Pero su modestia no era compartida por los ocupantes de la vagoneta, uno de los cuales se puso de pie y se dirigió a la gente.

—Este muchacho y nosotros somos unos héroes —dijo orgullosamente—. ¡Hemos capturado a un asesino!

—¿Quién? —preguntó alguien, y enseguida surgieron otras preguntas—: ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Cuándo?

—¡Un momento! —era el revisor, abriéndose paso entre los pasajeros—. Que todo el mundo suba para que el tren pueda reemprender la marcha. Vayan ustedes al vagón-restaurante, y allí este joven les podrá contar lo sucedido.

Ya en el tren, el camarero sirvió unos refrescos, y Tom contó su historia a la gente que abarrotaba el vagón-restaurante. Luego, le hicieron preguntas para aclarar los puntos oscuros.



—¿Sospechaba usted que la señora Ruggles había asesinado a Catherine Saks? — preguntó un hombre.

—No —admitió Tom—, aunque había algunas pistas que deberían haberme hecho adivinar quién era el asesino.

—¿Cuáles eran?

—Primero, la colilla con la mancha roja de lápiz de labios. Puesto que Catherine Saks fumaba con boquilla, debía haberme imaginado que en el departamento C había estado otra mujer.

Tom hizo una pausa y bebió un sorbo de gaseosa.

—Durante el bingo, la señora Ruggles dijo que Catherine Saks había tenido un papel muy pequeño en una película. ¿Cómo sabía ella los detalles exactos de la carrera cinematográfica de una desconocida? Esta fue una señal evidente que se me escapó, junto con el hecho, que resultaba extraño, de que la señora Ruggles no tuviera ninguna foto de sus nietos, a los que decía que iba a visitar. La mayoría de los abuelos llevan una docena de fotos de sus nietos.

El señor Faith levantó la mano para hacer una pregunta.

—¿Había algo que indicara que el asesino era una mujer?

—Sí —dijo Tom—. Durante el desayuno me enteré de que Catherine Saks había trabajado en un banco con una amiga. Más tarde usted me dijo que Richard Saks le había echado la culpa a una cajera de su banco. Yo sospechaba que alguien quería hacer que Richard Saks apareciera culpable del asesinato, por lo que debería haberme imaginado que lo tenía que haber hecho la cajera para vengarse.

Mientras hablaba, el tren redujo la velocidad y entró en un túnel. Aunque sabía que estaba a salvo, Tom se estremeció al mirar la oscuridad de fuera.

—Ya ven —continuó—, fue una pena que no se quedara en Hollywood, porque es una actriz realmente buena.

—Nos engañó a todos —dijo el señor Faith—. Con tanto labio pintado y tantos polvos en la cara, nunca me hubiera imaginado que fuese una mujer joven.

Alguien estaba tirando de la manga de Tom. Bajó la vista y vio a la mujer de las pastas, sentada ante una mesa, con la caja de pastas abierta.

—Tome una —dijo sonriendo—. Creo que es usted un joven estupendo.

—Gracias —dijo Tom, cogiendo una pasta grande recubierta de chocolate—. Por cierto, ¿le he dicho que usted era una de las sospechosas?

—¿Yo? —dijo la mujer, estupefacta.

—Sí —dijo Tom, engulléndose la pasta antes de que la mujer se la quitara de nuevo—. Pensé que usted podía haberle dado a Catherine Saks una pasta envenenada con cianuro. Por supuesto que no se la dio, y, desde luego, yo debería haber recordado que la señora Ruggles ofreció bombones a todo el mundo, bombones que también podían estar envenenados.

La mujer se volvió a su marido:

—¡Imagínate! —dijo—. ¡Pensar que mis pastas podían matar a alguien!

Aquello produjo una carcajada de los demás pasajeros, e incluso el rostro desvaído de la señora de las pastas sonrió cuando se dio cuenta de lo ridículo que había sido su comentario. Algunas personas se levantaron para irse y otras se acercaron a estrechar la mano de Tom.

Entre ellas estaba el chico de la gorra de béisbol.

—¡Enhorabuena, señor! —dijo, extendiendo la mano.

Vio la pistola de agua demasiado tarde. El chico disparó un chorro de agua a la cara de Tom y se alejó corriendo, pero esta vez Tom reaccionó rápidamente y le atrapó por el cuello.

—¡Ven aquí! —dijo al chico, que forcejeaba por soltarse, arrastrándolo al pasillo vacío.

Cuando regresó, Tom venía sonriente, y el chico no parecía haber sufrido ningún daño. Los pasajeros daban palmaditas a Tom en la espalda, felicitándole, y entonces divisó al señor Faith, que se marchaba.

—¡Señor Faith! —dijo, abriéndose paso entre los pasajeros—. ¡Espere un minuto!

—¿Qué desea? —preguntó el hombre, deteniéndose en la puerta.

—¿Quiere hacer el favor de abrir el maletín y enseñarme lo que lleva dentro?

—No puedo hacerlo —dijo el hombre.

Pero se habían acercado otras personas y una mujer dijo que debía abrirlo, como premio para Tom. El señor Faith accedió de mala gana; marcó primero la combinación del candado y luego giró el disco.

—Me muero por ver lo que hay —dijo Tom inclinándose sobre el maletín—. Apuesto a que está lleno de diamantes y rubíes.

Pero se equivocaba, porque todo lo que pudo ver dentro fue un montón de

papeles. Desilusionado, levantó la vista hacia el señor Faith.

—Estaba seguro de que no me iba a creer —dijo el señor Faith—. ¡Nadie me cree!

—No lo entiendo.

—Yo soy escritor. Este es mi último manuscrito, y se lo llevo a un editor de Vancúver.

—Pero ¿cómo puede valer un millón de dólares?

—Arthur Hailey ganó un millón de dólares con su libro *Aeropuerto*. Con un poco de suerte, yo puedo ganar lo mismo con este.

—¿Cómo se titula?

—¡Oh, no! ¡No puedo decírselo! —El señor Faith cerró la tapa del maletín—. Nadie puede saber el título.

—¿Por qué lleva el maletín sujeto a la muñeca? —preguntó Tom, señalando las esposas.

—Los primeros manuscritos de Hemingway fueron robados en una estación de ferrocarril —dijo el señor Faith—. A mí nunca me sucederá eso.

—¡Caramba! —dijo Tom—. No había conocido antes a ningún escritor. Estaré pendiente de la publicación de su libro.

El señor Faith parecía encantado.

—Ya me han publicado varios, con los seudónimos de William Hope y Robert Charity. ¿Por qué no compra esos, además?

—Apuesto a que usted ha usado también otro seudónimo —dijo Tom, chasqueando los dedos.

—¿Cuál?

—Franklin W. Dixon.

—No lo he oído nunca.

—Me extraña que no lo haya oído —dijo Tom, sorprendido—, porque es el mejor. Escribe las historias de los hermanos Hardy.

—¿De qué tratan?

Tom miró al señor Faith, asombrado de su ignorancia.

—De dos hermanos que son detectives. Sus libros están en todas partes.

—¿Sí? —El señor Faith parecía interesado y se quedó mirando atentamente a Tom—. Usted también es un detective. Quizá escriba algún libro sobre usted y gane un millón de dólares.

—Eso sería estupendo —respondió Tom, sonriendo.

—Aunque, pensándolo bien, no creo que se vendiera mucho —dijo el señor Faith—. Olvídelo.

Tom se sintió defraudado, aunque no lo dio a entender. Estaba a punto de irse cuando un hombre pelirrojo y con barba le habló desde un rincón.

—Yo escribiré acerca de usted, y será un personaje famoso —dijo.

Todo el mundo se rio, incluso Tom.

—Una última cosa —dijo el señor Faith—. ¿Por qué me dejó solo en aquella ciudad? Casi pierdo el tren.

—Acabé harto de sus preguntas. Además, los trenes son como las novias. Si pierdes una, pronto encuentras otra.

El señor Faith cogió su maletín y abandonó el vagón restaurante. Los otros pasajeros también comenzaron a marcharse. Y Tom vio a Dietmar junto a una mesa, sirviéndose unos trozos de tarta en un plato.

—¿Aún estás hambriento? —le dijo, acercándose a él—. ¿Quieres un chicle?

Dietmar asintió.

—¿Sabes una cosa? —dijo Tom, ofreciéndole el paquete de chicles—. Aún no he olvidado aquella broma que me gastaste con la bomba.

—¡Pobre Tom! —dijo Dietmar riéndose. Y sacó del paquete una pastilla de chicle...



Eric Wilson es un conocido escritor canadiense. Tiene dos grandes pasiones: sus clases, pues es profesor en la Columbia Británica, y la literatura infantil y juvenil. Dentro de este último campo ha cultivado con éxito la novela policíaca. A este género pertenece *Asesinato en el Canadian Express*. Los mismos protagonistas aparecen en *Terror en Winnipeg* y en *Pesadilla en Vancouver*, publicadas en esta misma colección.

Notas

[1] «¡Que aproveche!». En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[2] «Zumos de frutas». (N. del T.) <<

[3] «¿Habla usted francés?». (N. del T.) <<

[4] Jamón curado en azúcar morena. (*N. del T.*) <<

[5] *Bobito* (Little Moron) es un personaje popular en los chistes de América del Norte.
(N. del T.) <<

[6] Faith, Hope y Charity: Fe, Esperanza y Caridad, respectivamente, en castellano.
(N. del T.) <<

[7] En EE.UU. y Canadá se conoce como «tortilla española» lo que aquí se llama «tortilla paisana», es decir, una tortilla con guisantes y otras legumbres. (N. del T.) <<